



*Umbrales de indolencia. Educación
sombria y justicia indiferente*

Miguel Alberto González
González

AK
UT17

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Miguel Alberto González González

Umbral de indolencia.
Educación sombría y justicia
indiferente

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Miguel Alberto González González

Umbral de indolencia.
Educación sombría y justicia
indiferente

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Miguel Alberto González González, Original 2010. De la presente versión, con actualizaciones, 2018.
mgcaronte@me.com

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente
/ Miguel Alberto González González

ISBN: 978-958-9314-60-9

ISBN: 9781717803627

Óleo sobre lienzo. (2017). título –La gran Bestia, obra de Miguel Alberto González González.

Manizales: Universidad de Manizales. Primera Edición.
Segunda Edición.
2010.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Dedicatoria

A quienes creyeron que la independencia de Latinoamérica se debía conquistar a cada momento, pero con absoluto respeto por la vida. A quienes estiman posible la utopía de una educación solidaria y de una justicia digna. A quienes piensan lo opuesto, también merecen esta dedicatoria.

A quienes han padecido la indolencia de una educación sombría y de una justicia indiferente.

A Héctor Abad Faciolince que, sin conocerlo, me hizo conmocionar al leer "El Olvido que seremos" porque somos tierra fácil para el olvido.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Agradecimiento

Al educador salvaje de pensamiento reposado y al hombre que sabe retroceder. La educación y la justicia latinoamericana pueden recuperar las sendas perdidas, rindo tributo a los que así piensan, a los que se apartan, a los que izo los lenguajes en homenaje a su tribulación.

A Jaime Restrepo Manotas por su capacidad de potenciar en la humanidad lo que otros destierran, por su porvenir al servicio del hombre.

A Robert Villamizar por la amistad que no pregunta por retribuciones y por su fe inquebrantable en este sendero que venimos dibujando.

A mi familia ancestral y a mi compañera de sueños vueltos hijos, a todos ellos mis más grandes tributos de agradecimiento.

Y cómo no, a la comunidad académica.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Índice

Preludio	13
El sordo Akairós.....	17
Bicentenario del akairós en la educación: Latinoamérica, dominada, diversa e insolidaria	24
¿Latinoamérica diversa e insolidaria?.....	26
La multiplicidad.....	27
El tiempo para Latinoamérica	29
El akairós educativo	37
Inversión económica en akairós	40
Analfabetismo	42
Acceso a la escolaridad básica	44
Acceso a la universidad	48
Llamado al nacionalismo.....	51
Philosophiae doctor	53
La educación militar y de policía.....	54
La opinión vigilante	55
La diversidad	56
Diversos modelos que han imperado	58
La insolidaridad	61
Aleteía	67
Alternativas. Colocarse ante la realidad	70
La mirada del docente.....	79
Los otros escenarios educativos	84
Las artes.	90
Bicentenario de la infamia: La justicia burlada y Latinoamérica acorralada	95
¿Burlados y acorralados en Latinoamérica?	96
De lo que se sabe.	98

Bicentenario de la infamia.	103
Independencias desquiciadas.	107
Las masacres colectivas.	110
Los magnicidios.	118
Las muertes anónimas.	124
La injusticia bicentenario contra los indígenas.	124
La deuda histórica con las mujeres, una sucesión de injusticias.	127
Las comunidades LGTBI relegados y casi odiados.	128
Campos de concentración en Latinoamérica.	130
Latinoamérica acorralada.	132
Normatividad.	134
¿Unas violencias?	135
La justicia burlada.	139
Las dictaduras.	141
Las democracias.	145
Las artes.	147
Caminos alternos.	149
Abriendo brechas.	157
¿Y dike?	158
Apéndice.	164
Epílogo.	167
Bibliografía.	173
Cibergrafía.	177

Preludio

Se equivoca Miguel, al permitir a un amigo hacer el prólogo de éste, su nuevo hijo. Un amigo no puede ser garantía de objetividad en el análisis de una obra intelectual como la que nos ocupa. Pero bien, no deja de ser un problema suyo, ya es tarde...que se atenga a las consecuencias.

“Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente”, pertenece a esa clase de libros, que uno quisiera que no fuesen. Que en verdad no existieran. En el fondo lo que quisiéramos que fuese otra cosa es la realidad, que expresa. Un texto distinto, profundo y simple, en el que el autor partiendo de un concepto griego kairós y su opuesto, akairós, bucea el comportamiento humano y su significancia histórica. A través de su mayéutica nos relata el querer ser de nuestra querida Latinoamérica, bastardeada y usada hasta el cansancio por propios y extraños. Para ello elige como ejes centrales como indicadores efectivos, la educación y la justicia. Esta originalidad en el planteo le permite no perderse en laberintos retóricos y centralizar su análisis en estos dos conceptos universales, como

medida de humanidad del acontecer histórico. En un lenguaje coloquial, propio de un hombre de a pie (como le gusta llamar a la gente sencilla de pueblo, al ciudadano común) en el que los conceptos filosóficos se hacen comprensibles a través de metáforas y ejemplos produciendo una hermenéutica de hecho, para los no iniciados en la especificidad de las ciencias sociales. Un libro escrito “desde” la historia, que irrita y revela a través de la pluma de quien no duda en poner nombres propios, georeferenciando en tiempo y espacio, los atropellos y despojos por parte de los gobiernos, en lo que conforma entre otros, lo sombrío de la educación y lo indiferente de la justicia de nuestro continente.

Este manajo de reflexiones que nos deja Miguel, está bañado de esperanza. A la ausencia de alteridad, es incesante y explícita su propuesta de humanidad y compromiso. Se podrá estar de acuerdo o no con él. Pero no indiferente. Obliga a eso, a debatir lo que no está en la agenda pública de los políticos y que aún no está resuelto.

Nuestro autor alerta que en términos históricos el mejor proyecto sino es pensado y aplicado en el momento oportuno, de manera contextual, como mínimo está condenado a seguir siendo proyecto. Lo que refleja el akairós de gran parte de las pretensiones presuntamente innovadoras, que nos reconducen a esas educaciones sombrías y justicias indolentes.

Como en todos los libros de Miguel, el mensaje que subyace es el del retorno a la humanidad. Tomando en esta ocasión algunas claves históricas de este bicentenario latinoamericano que nos permitan desde el pensamiento crítico romper los moldes universales desde la diversidad, y así construir nuestro futuro, preñado de humanidad o lo que es lo mismo, de liberación, justicia y solidaridad.

Para ello, hecha mano a la riquísima y frondosa literatura latinoamericana que en su heterogeneidad y con sutiles matices refleja mucho más que las ciencias sociales convencionales, la conciencia popular subyacente de un pueblo oprimido que aferrado a su memoria colectiva continúa clamando por su liberación.

Es a mi juicio éste, un libro para no depositar en la biblioteca como tantos otros...sino más bien para dejar posado en el escritorio, a mano, disponible para futuras relecturas fugaces. Un libro incómodo, pero indispensable en la mochila de quienes creemos en la “humanización del continente”, como única alternativa posible.

Ernesto Quintar

Profesor universitario Asesor: Gestión del riesgo. Ciudad de la Plata, Argentina, 2010.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

El sordo Akairós

Orden y desorden en América Latina. Desde varios ángulos, pero centrados en ciertas gramáticas del poder, se vienen indagando los lenguajes del continente que acaecen del Río Grande hacia el sur, pero que, en muchos casos, no son lenguajes propios sino formalizados desde lo que ciertos imperios dictan, imperios del dinero, imperios militares, imperios de las modas, imperios religiosos, imperios teóricos, imperios de las comunicaciones, o imperios de la palabra, porque la globalización se volvió una suerte de imperio, entendido el imperio como aquel reinado donde nada ni nadie queda sin vigilar dentro de su territorio y sabemos que en este siglo XXI nada aparece como casual, puesto que existe un entramado de intereses, de vigilancias donde los lenguajes del poder se imponen por sobre cualquier historia, ética, estética o jurídica. En el caso de Latinoamérica subsisten unos lenguajes del poder que han hecho creer que existió un momento en el cual se conquistó la libertad ¿Será cierto? Para colmo, se hacen celebraciones político-militares que hasta hacen pensar que Latinoamérica es libre, pero al dar una mirada a la justicia y a la educación quedan muchas dudas ¿Qué entenderán la justicia y

la educación por libertad? ¿Para Latinoamérica se volvió sordo el tiempo, o Latinoamérica se tornó sorda con el tiempo?

Latinoamérica es prehistoria, más geografía que historia indicó en su momento Hegel, al hacer de profeta, insistió que el futuro era el tiempo vital para el continente. El contexto, dos siglos después de dicha observación, es diferente, pero varios sucesos parecieran certificar lo expresado por el padre de lo absoluto. No olvidemos que Latinoamérica no siempre ha luchado por territorios, sus guerras de guerrillas han sido en torno al dominio de tierras, igual, que las luchas del narcotráfico o aquellas de las bandas criminales; en cambio, el tiempo, exceptuando el presente o pasado contiguo, no es muy pensado; los tiempos lejanos no parecen ser de mucho interés, tanto la historia como el largo devenir, no son de dominio general del latinoamericano, no se profundiza en historia como no se intenta prospectiva de largo aliento. No es de desconocer que el mundo de los nativos o indígenas tuvieron y aún conservan una rica concepción del tiempo y del espacio; pero desde ya es claro, que los indígenas son pocos o negados, frente a las otras comunidades que se fueron apoderando del continente, descendientes de hibridaciones raciales y, por supuesto, culturales. Exponer que, el akairós es un llegar a destiempo, en otro momento, fuera de tiempo es una forma de ser en nuestro continente, que es sordo, aprendió a ser sordo, es una

afirmación abstracta que requiere una descripción de acontecimientos para verificarse en lo concreto. La incompreensión del tiempo y la sordera, podría darse con mayor énfasis en los académicos que en las clases populares que en su caminar ahuyentan las fugaces risas de vanidad académica; es decir, aquellos sujetos que accedieron a todos los ciclos escolares, incluidos los más altos posgrados universitarios si le deben varias respuestas al continente, eso si no deciden proseguir en la sordera que comparten con políticos y poderes económicos.

¿Qué es lo concreto para Latinoamérica? Los problemas sociales, los campesinos violentados, los niños muriendo de hambre, la corrupción, el maltrato a la mujer, la educación mal librada, la desaparición forzada o la justicia doblegada; los clubes de altas sociedades, los cruceros e islas lujuriosas son la realidad para una minoría, tal vez, para un grupo que aprendió a ser sordo frente a las carencias de sus coterráneos; un grupo social que no acude a los recuerdos para no apestar la tranquilidad.

La sordera frente a los grandes problemas, la sordera de la justicia y la sordera de la educación son actitudes asquerosas que producen miedo; sordera representada en ese llegar tarde a la solución de los problemas o, en el peor de los casos, sordera estratificada que aprendió a escuchar los cantos

de su fausta enfermedad. El escritor colombiano Faciolince en el libro *El olvido que seremos* destaca como su padre en la década de los 60s protestaba por los niños que morían de diarrea o hambre en Medellín y para afrontar dicho problema retó varias veces al Concejo Municipal, pero será tal la sordera del país que nos refiere (Abad 2006, 57) “Como si la historia fuera cíclica y este un país de sordos donde los niños todavía se mueren de diarrea y desnutrición”. La poca capacidad para escuchar y solucionar los problemas, para mal social, contribuye al avance de la desigualdad, no sólo en Colombia sino en el continente.

La justicia ha sido la gran ruina en estos dos siglos de independencia, incluso, en Colombia, por errores de la justicia y exuberancias del poder, se adaptó un oxímoron o, tal vez, un exabrupto que dio paso a la inauguración lingüística de “Falsos positivos”. ¿Cómo puede ser falso lo positivo? De lo patético, parece sencillo, es falso cuando una institución militar o de seguridad por presentar resultados favorables en su lucha contra un grupo al margen de la ley, decide secuestrar y asesinar ciudadanos para presentarlos como un hecho positivo, para registrarlos en sus estadísticas históricas de operatividad. El caso es que esos “Falsos positivos”, nueva categoría para Latinoamérica, resultó ser otro de los grandes fracasos de la justicia colombiana, y así podríamos seguir recorriendo otros países para encontrar que en estos dos siglos los “Falsos

positivos” son incuantificables y la justicia, en la gran mayoría de casos, inquebrantable en dejar libre a los responsables; es decir, la justicia se bastó con ser sorda para justificar su llegada tarde o, a destiempo y así pasar por alto la gran enfermedad de los últimos dos siglos: la sordera.

La educación de Latinoamérica es otro clásico ejemplo del akairós de un continente que no ha sabido llegar a tiempo a la solución de los problemas, al igual que la justicia resultó insuficiente e indigna con sus ciudadanos. Es posible que la educación en akairós pueda convertirse en un sofisma cuyo maremágnum desencadena en ideologías fascistas, en nacionalismos extremos o en una codiciada máscara para campañas politiqueras; se cayó, entonces, en una educación deshistorizada y desgeografizada, adrede, quizá para bien del poder, desheredada del tiempo, despojada del espacio y, para mayor mal, con discursos sin sujetos.

Por lo tanto, Umbral de indolencia es un repaso al bicentenario de la independencia latinoamericana, cuya educación sombría y justicia indiferente permitieron gestar una sociedad violenta, pero sumisa; una sociedad desordenada e insolidaria; una sociedad festiva, no obstante corrupta; una sociedad del fútbol, aunque con poca ciencia; una sociedad amable, a veces rabiosa, pero descreída de su futuro; una suerte de sociedad que no aprendió a pensar políticamente sino que

decidió inscribirse en la ruta partidista; un prototipo de democracia cuyo entramado no corre por un programa político sino por un interés de partido.

Por exceso de sospecha a no quedar atrapado en los dualismos, la mirada a la educación y a la justicia no se hace bajo el lente de civilización/barbarie, no se trata de decir que lo anterior era sólo barbarie y que entonces se presentará el proyecto civilizatorio para resolver la encrucijada y así darle paso al círculo o encadenamiento de civilizados luchando contra bárbaros.

Por fortuna, tenemos ríos, mares y barcas para seguir remando, para articular las visuales y tratar de construir un futuro y reescribir la historia que nos gusta, no la historia y el futuro que niegue la esperanza. El horizonte humano sigue siendo generoso si los otros humanos se empeñan en ello, entonces, la justicia y la educación deben desistir de sus umbrales de indolencia para liberarse de los laberintos, sabiendo que de los laberintos no se escapa al caminar, se superan al sobrevolarlos.

Es probable que cuando la justicia salga de los arrabales y la educación de los umbrales podrían encontrarse en el kairós para que los latinoamericanos desposeídos tuviesen el gusto de saborear la dignidad sobre la tierra.

El autor

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Bicentenario del akairós en la educación: Latinoamérica, dominada, diversa e insolidaria



Inmemoriam. (2016). Óleo sobre lienzo, Miguel Alberto González González

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

¿Latinoamérica diversa e insolidaria?

En una suerte de paradoja, se explora la educación en Latinoamérica en su akairós o llegada a destiempo, en su poca capacidad de anticipación y, a veces, en su precipitación para copiar o acomodarse a modelos forasteros que dan cuenta de una extendida colonialidad.

A no dudarlo, es un ejercicio de memoria, es una mirada sosegada, acompañada de una atenta escucha de los acontecimientos vividos por un continente que aprendió a ser sordo desde sus primeros intentos de independencia hasta confirmarlo en pleno siglo XXI. Se dice y escribe que Latinoamérica no ha logrado consolidar una libertad porque continúa siendo dependiente de potencias económicas, militares, científicas y educativas, es decir, sigue apresada por una especie de padre superior que le dice hacia dónde ir, sin darse cuenta de que ese padre vive desinteresado de sus hijos o, tal vez, ni así los considera; o que como el Dios de una de las religiones dominantes, en lugar de sacrificarse, prefiere ver sacrificado a su hijo.

A pecho descubierto, es un preguntarle a Latinoamérica por sus carencias y por sus exuberancias, por sus victorias y por sus derrotas, indagarle por sus proyectos educativos fallidos, por sus políticas culturales acertadas; auscultar por la independencia, la diversidad, la solidaridad y por los dos siglos cuya libertad ha sido esquiva; es el momento de despertarse para que la educación no ceda la responsabilidad que tiene con una sociedad que padece el drama de la diáspora por la tragedia de no haber aprendido a vivir juntos. Entre aperturas y oclusiones se exterioriza la inquietud sobre el tiempo educativo para que el continente no insista en buscar salidas a las carencias, propias de una sociedad expropiada, que lleven a tejer propuestas dentro de la vieja, casi antediluviana, discusión bifurcada entre barbarie/civilización, puesto que ese modelo es un contrato cultural que luce agotado cuando no demagógico.

La multiplicidad

Quando pensamos que la realidad se construye, estamos considerando un espacio social por conquistarse. Hugo Zemelman

De las múltiples dificultades de Latinoamérica, la educación en su akairós o llegar a destiempo ha signado una

suerte de desgarre del continente, cuya realidad desmesurada y expropiada no parece conocer límites; por lo tanto, el llamado del pensador Zemelman de que si pensamos la realidad como construcción, en este caso, la educativa, entonces tendremos un espacio por conquistar; una suerte de esperanza si se quiere.

De la multiplicidad transitamos a la idea de una mezquina unidad que, en ambos casos, de lo mono y lo pluri se aprovecharon los más avisados, por ello aprendimos a ser dominados, que no pareció gran molestia para las élites del continente que solazadas aducían, apoyados en el eurocentrismo, que el problema del continente era el bajo nivel cultural e incluso la incapacidad de aprender; mientras que para muchos el gran problema no es más que la indolencia o como expone (Sanz 1996, 165) "Para Freire, en cambio, el problema esencial en América Latina es el de la dominación política, económica y cultural". La aceptación o la complacencia por dicho sometimiento es uno de los fenómenos menos comprendidos por la intelectualidad; cierta duda, cierta insolidaridad, cierto acomodamiento se puede leer frente al problema que Freire menciona: la dominación.

No es de olvidar que no sólo es múltiple lo problémico, también es lo cultural, lo social y el tiempo que, a veces, se nos transmutó en lineal; quizá por ello la educación Latinoamérica se reconoce más por sus precariedades que por sus abundancias.

En los diferentes países latinos se ha transitado por situaciones similares y los modelos pedagógicos no distan demasiado, en su mayoría adaptados, cuando no impuestos desde la mirada centralista de Europa; por lo tanto, son pocos los casos para rescatar, Freire, Varela, Maturana, Zubiría, Quintar y otros que se escapan a esta lista, que tampoco son demasiados; trataron o intentan elaborar un camino alternativo que deje de parecerse a este bicentenario del akairós académico; pese a nuestra rica diversidad, pero curiosa insolidaridad suele suceder que el intelectual arriesgue poco, al fin de cuentas, se solaza en su zona de comodidad.

El tiempo para Latinoamérica

El hombre es un dios cuando sueña y no es más que un mendigo cuando piensa. Hölderlin

En el sueño, el tiempo no es lineal, es simplemente plural, abierto, diacrónico, es aión y kairós, pero no sólo es cronología, en un minuto psíquico puede transcurrir la vida entera, incluso, la vida de la humanidad si se quiere; salvo excepciones, los sueños parecen de otro mundo, no se dejan atrapar por la linealidad, por el chrónos, por la clepsidra —el griego hydra, agua, y klepto, robar—, yo robo. Si cuando se

piensa hay cercanía a ser mendigo, es porque la clepsidra, metáfora del tiempo cronológico del que siempre está robándonos vida, ha colonizado nuestros lenguajes y modos de pensar; por fortuna, los sueños, menos domesticables, se saben burlar de las linealidades temporales y terminan superando a los dioses. Sabemos pues que el tiempo para Latinoamérica, a veces, no parece el mismo de aquellas sociedades con mayores despliegues en calidad de vida; es curioso, pero aprendimos a llegar a destiempo —*ακαίρος*—, y nos solazamos con saberlo; para mayor trauma la educación no fue la excepción, más bien pareció ser la generalidad; incluso para las élites, lo correcto era —o ¿es?—, que los desposeídos no fuesen letrados, facilitaron el camino para que la educación arribase a destiempo, deshistorizada, por lo cual, cuando ya nada aportaba al sujeto desposeído de oportunidad, de su propio espacio y hasta de sí.

Imagen del Kairós en Trogir, Croacia.



¿Para qué repensar el tiempo?, en efecto, el tiempo es una de las principales preocupaciones del hombre; se le denomina de muchas maneras, tiempo de vida, tiempo climático, tiempo de espera, tiempo de oportunidades, tiempo para el amor, tiempo para la guerra, tiempo para la paz, tiempo de oración, tiempo de rendir cuentas, tiempo de un partido de fútbol, tiempo de cambio, tiempo de la creación o tiempo para la educación. Todas estas etiquetas poseen algo en común, el tiempo como medida mediado por el léxico. A Latinoamérica le urge pensar el tiempo político, jurídico, económico, religioso, lingüístico y el educativo, esto porque no parecemos llegar a tiempo a las grandes problemáticas de la humanidad. Histórico ha sido que los latinoamericanos nos escudemos en el sistema para establecer que la educación o cualquier otra institución no tiene responsabilidad de sus fracasos; sobre la ética latinoamericana y su tiempo nos expone (González 2001, p. 220) “El burócrata se escuda en el sistema, y lo mismo hacen el empresario, el médico, el profesor, el prestamista, el chofer, el político, el barrendero, el carnicero, el policía. Nadie es responsable”. Es necesario que repensemos el

tiempo en el transcurrir en este bicentenario de la educación latinoamericana, no para encontrar culpables y ajusticiarlos sino para identificar responsables y exigirles que se inserten en una ética en devenida, en una avalancha de mejores momentos.

Entonces, el tiempo lineal o chrónos es el que nos entregan los relojes, es el que aprendimos de las religiones en la línea del pasado al futuro, cuyo destino es invariable, tiempo del trabajo, tiempo vegetativo expone el profesor Serna; mientras se pide reconocer el aión —Αἰών—, tiempo subjetivo o el eterno estar y retornar para dar oportunidad al Kairós, tiempo plural, aquel que se bifurca y reconfigura en cada decisión que el hombre adopta. En tal sentido, el tiempo newtoniano o espacializado es lineal, el tiempo transcurre y las cosas se mueven, es decir hay una flecha del tiempo, una determinación donde las leyes de la naturaleza, inmutables, transcurren independientes del tiempo. Del tiempo y sus estancias deterministas también aparece la corrupción latinoamericana que no sabe arreglárselas en el kairós, por lo mismo, mejor se comprende el akairós de la educación: el gran bicentenario de la corrupción. “¿Cómo podría, entonces, ser Latinoamérica un caso clásico de amoralismo histórico?”, pregunta en 1975 Ramírez Aljure en una columna del periódico el Espectador de Colombia. Del amoralismo educativo, económico, político,

religioso o militar nadie quiere dar cuenta, así luzca evidente el amoralismo en estos dos siglos del espacio centro y suramericano, nos tiene conmovidos, quizá, por ello agrada tanto separar el tiempo del espacio, para hacerle el quite a la responsabilidad y ontologizar la moral, mirarla en abstracto y, claro, así no podremos sindicar a nadie, lo amoral contribuye a la anomalía del habitar el espacio y el tiempo.

Dice Wallerstein que pocas cosas nos parecen tan evidentes como el tiempo y el espacio. El hecho de que parezca evidente no quiere decir que se comprenda. Por ello, repensar el tiempo, implica repensar el espacio y sus mitos; ver el tiempo independiente del espacio es un trabajo para geógrafos, cronometristas y científicos, pero no para el hombre común, puesto que en su existencia debe saber relacionarlos; tal vez, de esta integración los indígenas y campesinos dieron buena muestra de inteligencia; hoy nos conformamos con separarlos y dejar que se nos parcele el tiempo y el espacio, que nos deje de pertenecer; por lo visto, otro amoralismo que nos circunda. En este bicentenario de independencia latinoamericana, se aprendió a independizar el tiempo del espacio, pero no a independizarse de las oleadas invasoras, existe dependencia de la mirada externa, de la aprobación foránea y de la teoría que llega de las poderosas editoriales.

El proceso de conquista y colonia fijó ciertas curiosidades o extrañezas, ciertas extemporaneidades aún sin resolver, cual explica (Soto 2007, p. 31) “La conquista de América fue una hazaña moderna, pero también una epopeya medieval, trasplantada a un medio extraño”. Es obvio, nos quisieron ubicar en un tiempo que ya no era posible, el medievalismo había sucumbido, lo tenía en sus garras el modernismo; pero en América se quería instaurar un tiempo ido, pero fuera del espacio europeo, de ahí, otro de los claros ejemplos del akairós en este continente; tanto así que García Márquez puso en Bolívar la expresión “Déjennos vivir nuestra propia Edad Media”. Latinoamérica aprendió y se bastó con ser colonia, con vivir un tiempo diferente al de los otros continentes, dos o tres ejemplos en contrario sirven para confirmar la regla; es el claro ejemplo de un continente que no sabe de autonomía, cuyo bicentenario es una sucesión de colonizajes que toleran el akairós educativo, administrativo, político, económico y científico. El Nobel mexicano Octavio Paz es más dramático al asegurar que Latinoamérica tiene un siglo perdido de su historia, es el siglo XVIII, mientras Europa habla de Kant, Diderot, Voltaire o Hume, Latinoamérica no tuvo un pensador de ese estilo, se le perdió un siglo a la humanidad. Los poderes colonizadores le borraron cien años a la sociedad del continente latinoamericano, de ahí, su akairós.



Chrónos, (Χρόνος) dios del tiempo, cementerio monumental di Staglieno, Génova, Italia.

El tiempo, que en algún momento de los griegos fue considerado múltiple, de pronto, se convirtió en un transcurrir lineal, se simplificó para su comprensión, pero ello expropió al hombre de la riqueza para habitar y comprender el tiempo. De la pobreza o reducción del tiempo a linealidad Latinoamérica se apropió; lo curioso es que, al igual que los griegos antiguos para los indígenas nativos la linealidad temporal no existía del modo que en este siglo XXI se conoce, para ellos existían otras comprensiones que en nada se acercaban a la dictada por los relojes; para el empobrecimiento del continente esa es una memoria histórica que se dejó perder, habrá que pensar en rescatarla, además de perder un siglo como refiere Paz, ahora el continente viene perdiendo la tradición indígena en sus modos de habitar el tiempo y el espacio.

Tal vez, el Chrónos o linealidad del tiempo, además de ser una construcción lingüística es una consecuencia de lo que hemos concebido con la mirada, con la vista. El chrónos como tiempo de la creación, el del nacer y morir, el que

transcurre entre eros y tanatos; el aión como tiempo del hombre, el del permanecer y retornar; y el kairós como tiempo múltiple o del momento oportuno, que es tiempo y lugar permite comprender que el tiempo no siempre fue lineal, pero que, para dolor de Latinoamérica, se consintió que además de lineal, se tornará circular: repetición de hechos luctuosos. Al comprender, como lo expresa Heidegger, que somos seres para la muerte, nos libera de la eternidad y de la inmortalidad, nos obliga a vivir el momento, a ser más intensos en figurarse la vida, en no tener hambre de eternidad; pero no ocurre lo mismo en Latinoamérica que en su bicentenario desea seguir eternizando e idolatrando a supuestos libertadores, convertidos, histórico es esto, en dictadores, por lo regular todo supuesto libertador o mesías de algún país centro o suramericano terminó siendo un dictador. Es aleccionadora la cita de Lyotard “Dios no tiene nada que aprender”. No sea que nos conformemos que, sin ser dioses, no tengamos nada que aprender y, tal vez, nada que enseñar sobre la problemática del tiempo para los latinoamericanos.

Cualquier digresión sobre el tiempo es para verificar que, a lo mejor, se ha consentido que acaezcan los acontecimientos sin hacer demasiado para enrutarlos o, tal vez, ni se sabe que ocurrieron porque se olvidó la historia. Esto

seduce a confrontar ciertas realidades olvidadas para dejar de apostarle a lo expuesto por Hegel de que América Latina es más geografía que historia, por lo tanto, es futuro. La educación no podría seguir siendo sólo futuro, requiere un presente fuerte, un presente sin olvido y un pasado reconocido para no irse ciega a conquistar el futuro. A grandes rasgos, se podría pensar que la independencia educativa nunca existió en Latinoamérica, primero, dicho proceso fue controlado por la iglesia, segundo, fue vigilado por unos Estados lacayos o pasó ser tema de un dictadorzuelo y, pronto, llegó a ser patrimonio de las potencias económico-culturales del momento. En torno a la educación, salvo dos o tres ejemplos, los latinos se bastaron con ser colonia de Rusia, Francia, Alemania, Inglaterra, España o Estados Unidos, esto para sólo mencionar unos casos, pero existen muchos más, olvidándose así no sólo de su historia, sino de su presente.

El akairós educativo

Un recorrido por la historia de la educación latinoamericana nos podría dar una imagen de lo devenido; baja inversión económica; analfabetismo de la famosa triada, leer, escribir y efectuar operaciones matemáticas; naciente

analfabetismo tecnológico; deseos imperiosos de imponer un nacionalismo con dudosos héroes; violencia endémica; problemas de acceso a la escolaridad básica y universitaria; desmotivación docente; desmotivación de los estudiantes, deserción escolar; ínfima capacidad de acción de los profesores que se han doctorado, ídem del escaso número de graduados como Phd.

Dentro de este akairós, ha tipificado (Dussel 1975, p. 151) “Tres modelos pedagógicos latinoamericanos 1) El modelo de dominación y represión, 2) El modelo de conservadurismo-liberal y 3) El modelo de nacionalismos populares”. El sólo revisar lo denotativo de los modelos, sin ir a lo connotativo, ya nos pueden sugerir el por qué nos ha devenido lo que nos ha devenido en esta educación de una Latinoamérica bicentenaria en la independencia, que sin embargo es dominada pese a lo diversa e insolidaria en su comportamiento.

Un palpable ejemplo de lo que en Latinoamérica se aborda desde la misma independencia sobre educación, se puede citar en Colombia cuando la urgencia de una moral tradicionalista no daba cabida a propuestas diversas a la estatuida; se les atacaba aún sin conocerlas como consta en (Herrera, 2001, p.185) “La primera de ellas hacia 1826 cuando el sacerdote Francisco Antonio Margallo, párroco de la iglesia de las Nieves en Bogotá, en época de cuaresma y desde el púlpito

aprovecha para descalificar la enseñanza de los textos de Bentham en el colegio San Bartolomé hecha por el catedrático Vicente Azuero, aunque admitía el sacerdote no conocerlos y menos aún haberlos leído”. Esto ya nos da una idea del akairós educativo en Latinoamérica, descalificar sin conocer, tal vez, apoyados en la intuición se adoptan decisiones, pero también nos alerta, eran modelos enviados por el amo, en ambos casos: comportamiento de colonia.

Lo endémico de esta discusión es que Santander dispuso en 1827 la posibilidad de enseñar los textos de Bentham, pero cuando Bolívar asumió sus poderes ordinarios, al llegar de la guerra del sur (Herrera, 2001, p. 185) “Pudo decretar en marzo de 1828 la norma por la cual se suprimieron en todas las universidades de Colombia los tratados de Bentham”. El libertador argumentaba que los conatos de conspiración estaban apoyados en las teorías utilitaristas de Bentham; y así se le cerró el camino a la confrontación académica para permitir la continuidad del discurso conservador y opresor de ciertos poderes religiosos. Se puede indicar que, salvo unos pocos, la educación en Latinoamérica aprendió a tener una visión monolítica aunque fallida de la realidad interna y externa, negándose a la contradicción por mera superstición. Ese no abrirse a otras rutas, el negarse a ciertas contradicciones no sólo afectó a los criollos liberados, también a nuestras

comunidades ancestrales que el no salir de su entorno, al no tener contactos con otras comunidades lejanas, cuando vieron conquistadores se dejaron llevar, bien por miedo, bien por seducción, bien por inocencia, de las apuestas de los venidos del afuera.

Inversión económica en akairós

Es evidente que al no abrir el panorama de discusión sobre otras apuestas, sobre teorías distantes o prácticas colindantes y sobre intentos autóctonos de innovar, tampoco se habilitan recursos subsidiarios, puesto que lo tradicional seguirá funcionando con los mismos o, quizá, con menores recursos monetarios o humanos, bien porque la lección se sabe o porque no hay nada nuevo por decir o explorar; aunque más dinero no implica mejores niveles formativos (Mockus 1998, p. 7) “Hay épocas en la cual crece la inversión sin que haya un crecimiento paralelo sensible ni de cobertura, ni detectable en la calidad”. Por supuesto, también se debería aperturar la discusión entre criterios de calidad sobre los de pertinencia; puesto que un proceso educativo con calidad no implica que sea pertinente.

La casi antediluviana discusión entre si invertir en educación o en armas es una diada que no parece aclararse en

Latinoamérica, pero que, en muchos casos, privilegia el armamentismo; para el 2010, Colombia invierte en su presupuesto mil millones de dólares más en guerra que en educación. Paraguay tiene una reducción en la inversión educativa y Venezuela no ofrece un panorama mejor; Bolivia compra armas, Nicaragua hace lo mismo, Ecuador moderniza su equipaje militar, Perú se fortalece con armamento y así podríamos continuar citando la inversión armamentista de centro y sur América; un buen ejemplo son los Norteamericanos que apoyan con bastante dinero las operaciones militares en conjunto, pero no se conocen brigadas, esto para conservar el nombre, para fortalecer el intercambio científico o educativo.

Dentro de las bajas inversiones al sistema educativo, surgen otros cuestionamientos alrededor de la capacidad para asumirse en la vida pública donde se tienen enormes dificultades éticas (Herrera 2001, p. 563) “La preparación para la vida pública no ha sido una práctica con sentido interno, pues las instituciones se gobiernan como espacios privados”. Es evidente que un funcionario público gobernando como privado no deja que en las narrativas aparezca el otro, o si llega a surgir es a guisa de comodín, de maquillada justificación; en tales carencias, que no son las únicas, si no se enseña a distinguir lo público como sagrado la educación insolidaria tendría muchas respuestas pendientes. Es conocido que en los siglos XIX y XX,

tanto presidentes como dictadores latinoamericanos decidieron dirigir sus países como si fueran de su propiedad, entonces, permitieron que sus gentes padecieran hambre, problemas sanitarios y abandono educativo; tal vez, el gran fracaso en estos dos siglos de independencia es el abandono de la responsabilidad pública, dando espacio a un olvido de humanidad.

Es, sí, honesto aclarar que las dificultades educativas no sólo pasan por inversiones, también se requiere de una mayor consciencia, en este caso, de las élites intelectuales, es decir, de los que pudieron acceder al proceso educativo, de lo cual nos previene (Sanz 1996, 239) “Una liberación de estructuras no es posible ni durable sin la mediación de una auténtica liberación de conciencias..., asumir en comunidad y mediatizados por el mundo la tarea de humanizarse humanizando la realidad social en que se vive”. Queda insertado el agujón, corresponde extraerlo.

Analfabetismo

Los datos del alfabetismo en Latinoamérica no son confiables, pero los que se tienen, muestran que el enigma histórico de dos siglos de analfabetismo sigue vigente. Las

preguntas frente a la problemática no son menores, ni menos esperanzadoras; ¿Quién debe responder por el analfabetismo? ¿Quiénes se benefician con una baja escolaridad?, las respuestas las entregó el marxismo y sus seguidores hace más de siglo y medio; otro tanto hizo Freire en Brasil, Ingenieros en Argentina, Bernardo Jaramillo en Colombia, al margen de otros que aquí no citamos; pero tampoco son tantas las quejas al respecto, es como si existiera aceptación generalizada de las bondades en tener analfabetas, y conste que no hemos avanzado en los modernos analfabetas de las TIC.

Sobre las sociedades pobres y analfabetas latinas muchos escritores se han ocupado, pero Soto Aparicio hace una imagen que se acerca a caricatura al narrar como Mariena, sin estudio, rodeada de problemas y con una familia en condiciones de infamia, renuncia al hogar para irse con un hombre, también pobre y analfabeta, en busca de otros horizontes, inciertos por demás (Soto 1987, 192) “No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al recordar el hogar abandonado, al pensar en su padre, pobre y mísero, en su madre enferma y sola, en su hermano, en todos los que dejaba tras ella, envueltos en el velo espeso de la sombra”. Mariena es la extendida práctica en Latinoamérica de mujeres que presas del analfabetismo, vieron como su único patrimonio la virginidad y que los hombres sin preparación académica, en este caso el esposo de Mariena,

comprendieron que su único patrimonio era la violencia. Tal vez, deberemos recordarle a la bicentenaria educación Latinoamérica lo que aparece en Marcos 7, 16 “El que tenga oídos para oír que oiga”, o retomar la tonada “Se equivocó la paloma, se equivocaba, por ir al norte, fue al sur”, para referirse que la conquista fue un error geográfico, un error en todo sentido, pero que ese error signa a unos grupos humanos a su humillación y casi desaparición.

Acceso a la escolaridad básica

Los datos al respecto son pavorosos, bien porque los aspirantes no pueden ingresar por problemas económicos o porque luego de estar dentro del sistema deben abandonarlo. Existe un número sin cuantificar de niños que no pueden acceder a la educación básica. Si bien es cierto, que todos los gobiernos tienen reglamentada la educación básica como gratuita, eso no ha garantizado que todos tengan acceso o tan siquiera que sean seducidos para estudiar.

Antes y después de las independencias —vista la independencia más un proceso militar que una actitud que se hubiese seguido consolidando—, la educación era un privilegio para los hijos de los españoles o de los nacientes burgueses del

continente. Los hijos de indígenas o negros no conformaban el paisaje de las instituciones escolares, se les creía indignos e incapaces de acceder al conocimiento; esto lo grafica (Gentile 2009, p. 34) cuando aborda la educación brasileña a principio del siglo XX “La ciencia de que se valió enseñaba que la raza blanca era superior: los negros y los indios pertenecían a razas inferiores. El mestizaje, forzosamente, llevaba a la degeneración”. Por simple deducción, queda claro de quienes tenían derecho a ser educados.

En pleno siglo XXI el acceso a la escolaridad básica sigue siendo un privilegio porque los hijos de indigentes, prostitutas o negros deambulan por los basureros municipales o por las calles de las grandes ciudades, sin que exista una entidad encargada de recogerlos, asesorarlos y llevarlos a los centros educativos. Esos niños parecen anónimos, son los invisibles de la humanidad latina.

Sobre las comunidades indígenas los interrogantes no son menos preocupantes; ni siquiera se tiene claridad si debe enseñárseles el español o protegérseles sus lenguas y costumbres; al cabo que en las ciudades sigue aumentando el número de indígenas indigentes sin que aparezcan programas efectivos para retornarlos a sus comunidades o para ofrecerles una posibilidad educativa a sus hijos dentro de las ciudades. El inglés es el segundo idioma oficializado en casi todo el

conglomerado latino, a la sazón de tal ordenamiento curricular, los indígenas se ven sometidos a la pérdida de su lengua ante la pujanza del español y del idioma anglo. No es de olvidar que al morir una lengua muere una interpretación de mundo.

Al dar una mirada a las instalaciones educativas urbanas, las imágenes son contradictorias, en muchos casos, las construcciones son pésimas, con baños insuficientes o en terrible presentación; zonas de recreación, si es que las poseen, en malas condiciones y sin los elementos necesarios; los servicios médicos o psicológicos son un lujo de algunas instituciones privadas, las públicas ni los extrañan; las bibliotecas continúan siendo una suntuosidad y los laboratorios, en la mayoría de los casos, inexistentes. En cuanto a las situadas en la zona rural, sus escenarios son más deprimentes, muchas veces, la comunidad interviene para mejorar algunos espacios, pero continúan en condiciones precarias. Sin lugar a dudas, el abandono de las instalaciones urbanas y rurales es un lastre que se trae desde el mismo momento de la independencia, nunca se estuvo mejor; ahora, muchos gobiernos confunden cobertura con calidad, si bien es cierto, la cobertura mejoró, la calidad empeoró, más estudiantes, menos profesores, por consiguiente menos opciones de generar pensamiento, es decir, la educación siguió en un completo akairós e insolidaridad con la realidad latinoamericana.

Los profesores tampoco están mejores, a veces, sus salarios no alcanzan para suplir las necesidades primarias, estas son denuncias muy antiguas, pero que los Estados no atienden porque prima el interés en comprar armas, en mejorar su capacidad de respuesta bélica contra un vecino, Colombia, Venezuela, Chile, Perú, Ecuador, Argentina, Brasil, Bolivia y Nicaragua son un buen ejemplo de su carrera armamentista, al cabo, que su carrera por tener una educación digna parece la del cangrejo, y ya sabemos cómo se movilizan estos queridos crustáceos. Frente a estas carencias aparecen los profesores que merecen los mayores elogios, puesto que sin recursos ni medios suficientes donan todo su conocimiento para que los estudiantes tengan una mediana capacitación; ante estos profesores, la sociedad y el gobierno siempre han sido inferiores; de las varias deudas que se tienen, la de darle un reconocimiento a estos atrevidos pensadores es una de las más visibles, si aún interesan los panteones, habría que situar uno para estos maestros que no son de oído duro ni de imaginación roída.

Digamos que la escolaridad básica se convierte en la continuación de los proceso de alfabetización, acaso, los estudiantes adquieran las competencias para leer y para realizar operaciones matemáticas sin que aprendan a consolidar su destino, uno porque las reformas no dan mucho espacio a los

docentes, dos porque sin medios y con docentes desmotivados cualquier enseñanza puede ser anecdótica.

Por esto es importante verificar que para el siglo XXI, no basta con alfabetizar, con poder ingresar al sistema educativo, viene al caso, verificar lo que anuncia Barbero, compilado en (Herrera 2000, p. 27) “Más que de políticas culturales de lo que andamos necesitando es que la política se asuma como escenario de convocación y de interpelación de los ciudadanos”. Así las cosas, la educación básica debe figurarse e imaginarse métodos que enseñe a vivir juntos, a compartir, a departir en un continente diverso o multicultural si se quiere; puesto que esa misión no se consolidó o, tal vez, ni se pensó durante este bicentenario de aquellas independencias que sólo se quisieron liberar con acciones político-militar, pero que siguieron atadas a su amo, no aprendieron a pensar por sí mismas.

Acceso a la universidad

No se puede confundir sentido con utilidad, de lo último las universidades han aprendido bastante, de su sentido, algunas, aún lo vienen buscando. Por esas confusiones de fuerzas entrópicas y exógenas es que el promedio de

estudiantes que acceden a la universidad continúa siendo muy bajo. Las posibilidades de ingreso a la alta academia para las clases económicas desprotegidas es una suerte de lotería; y cuando logran acceder aparece algo más lamentable y es que la deserción llega en algunos países al 40%, es decir, los que ingresan ni siquiera logran finalizar sus estudios. ¿De qué bicentenario debería enorgullecerse la educación? Al menos, en lo relacionado con la educación universitaria no tiene muchas banderas para izar.

La educación como la salud pasó a convertirse en un negocio, por ello proliferan instituciones privadas que se dedicaron a enriquecerse y, claro, la calidad de sus procesos educativos pasó a un segundo momento. Ya sabemos que si algún servicio público se transforma en negocio, los únicos perjudicados son los ciudadanos y de se tienen bastantes ejemplos en América Latina: la salud, la recolección de basuras, las empresas de agua y energía y, como si esto no fuese suficiente, la educación ingresó a la lista de rentabilidad.

En la época de la colonia fueron expulsadas algunas universidades jesuitas, luego de las independencias regresaron; pero no tanto por caridad sino por negocio, porque al revisar los costos, en este siglo XXI, de acceso a dichas facultades jesuitas la pregunta es imperiosa ¿Han pensado en los pobres?, es decir, siguen siendo universidades para clases medias y altas, las

clases bajas jamás podrán cancelar un semestre en dichas instituciones. Por ineficiencias administrativas, las universidades públicas son insuficientes para suplir la demanda, lo que permite la proliferación de instituciones privadas y, lo más curioso, es que los establecimientos que tienen programas por internet resultan tan o más costosos que las presenciales, esa lógica se comprende desde el mismo momento en que la educación se torna en negocio.

La otra verdad del despliegue de la educación es que muchos de los egresados no cuentan con opciones reales de insertarse a la sociedad para resolver sus demandas mínimas, (González 1998, 103) “Gracias a las virtudes del billarista y a la suerte de no ir a estudiar hoy tenemos nuevo secretario de gobierno municipal”. Esta extraña alabanza podría alimentar tres miradas, la primera es que para ser dirigente no se requieren esfuerzos académicos; la segunda es que se pierde el tiempo estudiando como lo hacen ver los narcos o los mismos deportistas; y la tercera es que en el sistema educativo no se enseña, se amansa, se flagela la libertad de que disponía el billarista. Es sí evidente que en Latinoamérica acceder a la educación no significa que la persona pueda resolver sus problemas vitales, lo que deja una leve sensación de invalidez de los conocimientos recibidos, bien porque lo enseñado hace

parte del akairós o lo aprendido no tiene geografía ni humanidad por una mala lectura de la realidad social.

Llamado al nacionalismo

Tal vez, en Latinoamérica hay frondosidad en constituir nacionalismos, anacrónicos, eso sí con reglas claras al estilo que expone (Wallerstein 2005, p. 80) “Históricamente, los estados han tenido tres maneras de crear nacionalismo: el sistema escolar, el servicio en las fuerzas militares y las ceremonias públicas”; y, bien se podría anexar una cuarta, el servicio de los medios de comunicación. En la mayoría de los casos, la pretensión del nacionalismo es una estrategia para que los mandatarios de turno impongan sus apetencias o evadan los graves problemas sociales; lo cierto es que las revoluciones de liberación que terminan con dictadores en el poder o las llamadas democracias han acudido a los nacionalismos para desviar la atención a la real problemática y hábiles que son, aducen que su centro de atención será la educación, lo que exagera un nacionalismo fatuo, como casi todos.

A no dudarlo, los nacionalismos atentan contra la educación libre, (Marquínez 1998, p. 237) “Hemos descubierto que la libertad no es algo estático que se otorga o se tiene por

naturaleza, sin esfuerzo, sin lucha, sino por el contrario algo que se conquista día a día como el pan”. La libertad hace aguas en las dictaduras, en las ultra derecha o ultraizquierda, así como en los nacionalismos que, cargan el riesgo, de terminar siendo fachos. La unidad que se podría convocar para Latinoamérica no es la de aquellos nacionalismos militares, sino el de, a través de la educación, conquistar la libertad, buscar la autonomía y defender la democracia sin que implique un sistema unitario de comprender y abordar las realidades.

La triste verdad de los héroes que sirven para promover los nacionalismos ha sido bien diversa a la expuesta por los historiadores, menos heroica y digna de la que nos mencionan, aspecto que muy bien esclareció Fernando González “La grandeza no se encuentra en la vida ni en la historia, sino en las biografías que fabrican los parientes o los amigos íntimos del difunto”. Entonces, va siendo hora de que Latinoamérica deje de estar fabricando biografías de héroes que nunca han existido o que ni se requieren; quizá, lección para la educación, los auténticos héroes son los anónimos ciudadanos que van a pie por las urbes y los campos. Las éticas de los nacionalismos necesitan de prótesis, de muletas, bastones o sillas de ruedas, siempre van como cojas; esa es su verdad de la cual hemos sido testigos poco lúcidos.

Philosophiae doctor

Es penoso, tal vez, desastroso, el bajo número de doctores que posee Latinoamérica, no alcanza ni al 2% de la población, lo cual es indigno y, poco responsable para con su sociedad misma.

Dentro de este akairós e insolidaridad de los gobiernos no es raro que aparezcan estadísticas maquilladas sobre dichos procesos de formación doctoral que en lugar de resolver los problemas los acrecienta. De ahí, que Centro y Suramérica goce de tan pocos premios Nobel, excepto en literatura o Paz, las demás disciplinas científicas no encuentran su lugar en el continente, los niveles formativos en ciencias es muy bajo y sus Phd no cuentan con presupuestos serios para realizar investigaciones de avanzada.

Desde luego que el problema tiene otros responsables y son los mismos graduados que, en muchos casos, son Phd de pantalón corto, es decir, se bastan con su titulación y poco movilizan en sus entornos educativos y sociales para exigir y erigir nuevas posibilidades para los que vienen, parece que superado su anhelo no les importa que los demás encallen; su prótesis moral es el oportunismo.

La educación militar y de policía

Al hacerle cierto tribunal de justicia a la educación en Latinoamérica, cierto juicio de responsabilidades, a la educación militar y de policía le cabe otro tanto de problematización. Sus mecánicas del hacer sólo preguntan por fines sin importarle los medios; las escuelas militares y de policía tienen muchas explicaciones por darle a la sociedad, sus modelos educativos, a veces más dignos para perros, tanto los sometimientos como las humillaciones, no parecen reparar en la dignidad del hombre, los intereses del Estado aparecen por encima de todo, y más que cualquier afecto por la nación se defendió o defiende la ambición de los dictadores y el esmero de las hegemonías por quedarse en el poder.

Los casos de violación son por centenas, mientras los generales y directores ni se interesan o, cuando menos, impartieron o, peor, aún imparten órdenes para que la disciplina prevalezca sin importar el método. Ahí, tradición tienen, en reducir al hombre, en quitarle autonomía para preservar unas banderas o himnos, cuando la realidad puede ser muy diferente. Asesinatos extrajudiciales o desapariciones al interior de las fuerzas de policía y militar hicieron parte del accionar de estas

instituciones; forzar a sus integrantes a realizar ejercicios físicos hasta el agotamiento o hasta la muerte no han sido temas ajenos a esos procesos formativos. Sin gran esfuerzo se podría hacer un listín de las arbitrariedades cometidas y, que aún podrían darse, dentro de los centros de formación militar y policial de Latinoamérica; una muestra más del akairós educativo del continente.

La opinión vigilante

En los procesos humanos existe una opinión vigilante, una especie de águila espía que sale en defensa, hasta de lo indefendible; pero la vigilancia o el cuidado por consolidar un sistema educativo fiable en Latinoamérica pasó a ser un proyecto irrealizable, una utopía más de este territorio, ahí si fracasó la opinión vigilante, se durmió el águila.

Es seguro que muchos estados latinoamericanos podrán entregar nombres de notables hombres y mujeres que pasaron por sus aulas. Escritores, pintores, cantantes, compositores, arquitectos, cineastas, deportistas, científicos que —no son muy abundantes—, y algunos economicistas han dado bastante que hablar, tal vez, hasta de buen ejemplo han servido; pero el número de estas figuras es muy bajo, frente al total de la

población durante estos dos siglos de independencia. Parece que la educación se dedicó a instruir el apocalipsis y no es que lo apocalíptico sea sencillo, lo que ocurre es que sembrar miedo resultó más fácil de lo esperado, eso ya nos lo enseñaron los dos grandes relatos de las religiones monoteístas, quizás, por ello tenemos más hombres derrotados que prósperos.

La opinión vigilante, exige una calma no sólo religiosa, sino científica, política, económica, estética y ética; es decir, aprender a distanciarse de los propios preconceptos y demonios para observar, escuchar, olfatear, palpar o gustar aquello que se explora. Durante estos dos siglos de independencia no se tuvo opinión vigilante sobre el sistema educativo latinoamericano y si se tuvo no fue próspera, lo que facilitó el papel de los gobernantes en su idea de someter y en su lugar apareció la vigilancia sobre el sistema, la vigilancia sobre los estudiantes y los profesores.

La diversidad

En términos generales, los políticos y dictadores latinoamericanos no han dado cuenta de la diversidad del continente, incluso, la han querido desconocer realizando

procesos de blanqueo de razas al estilo de Argentina o de Chile, para no seguir citando otras experiencias poco gratas.

Las comunidades indígenas, explotadas por españoles y asoladas por criollos, padecieron y siguen padeciendo el abandono. La educación para ellos se estableció similar a los mestizos, los negros fueron sometidos y casi forzados a olvidar sus ancestros culturales. En ambos casos, la educación debe bastantes respuestas.

Los mitos no se quisieron enseñar o se distorsionaron, a cambio, dieron y dan buena cuenta de los mitos griegos, romanos o nórdicos; de los productos culturales latinoamericanos se hacen pocos análisis, mientras, filósofos, científicos y pedagogos de Estados Unidos o Europa ocupan un enorme espacio en las aulas latinoamericanas. La educación en América se dejó dominar por cientos de modelos externos y presa del miedo no ha querido apostarles a las emergencias creativas propias, bien a los propuestos por Freire, algunos de la teología de la liberación o a unos más contemporáneos.

Afrontar la diversidad, como realidad, es una tarea intelectual, moral y política que debería emprender cualquier intelectual o académico que así se precie en Latinoamérica, puesto que diversidad es descriptivo y prescriptivo, es decir, a la vez que refiere una forma no excluyente, dispone la llegada no

sólo de lo común sino que predispone la asistencia de aquello que es extraño o diverso.

Pese a la diversidad, se aprendió a estar polarizados, a permanecer divididos, facilitando la dispersión tal cual explica Gentili “La dicotomía Civilización/Barbarie expresó en el siglo XIX latinoamericano una posible fórmula bajo la cual responderse al interrogante por la propia identidad. Por el

¿Quiénes somos? y/o ¿Quiénes queremos ser?; por el ser y el deber ser”. El caso es que la diversidad ha servido más para dudar de la cualidad de ser latinoamericano que de su misma potencialidad. La educación hizo y aún hace bastante para tornar inseguro y poco dueño del futuro al latinoamericano, como si no fuese lapidaria la idea hegeliana de una raza inferior como para formalizar un pérfido estatuto de que existe un pensamiento inferior, un pensamiento menor.

Diversos modelos que han imperado

Despertar y desprenderse a la verdad del error no como entretenimiento simpático o fatalidad discursiva sino como camino recorrido que no vale la pena repetir es, tal vez, un ejercicio pendiente para la intelectualidad del continente. No se trata de un acertijo, es un desafío para Latinoamérica identificar

el error para desenmascarar los modelos que han dominado, bien, a modo de trucos ilusionistas, o bien, a modo de ofertas deslucidas de la realidad que hacen sentir miserable a quien menos se debe.

Se pueden mencionar algunos de los modelos que Latinoamérica ha adoptado en su proceso educativo, desde la pedagogía del dolor “La letra con sangre entra” hasta la pedagogía industrial promovida en la posguerra por Estados Unidos “Para todos lo mismo”; algunas otras han hecho de Latinoamérica su paraíso de ensayo, y si es cierto que de todo paraíso, así sea de ensayo, nos expulsan, entonces el camino ya estaría diseñado.

- Pedagogías del conservadurismo o religionismo.
- Pedagogías del utilitarismo
- Pedagogías del positivismo.
- Pedagogías del conductismo.
- Pedagogías del estructuralismo.
- Pedagogías del cognitivismo.
- Pedagogías del construccionismo.
- Pedagogías de los sistemas o de las tecnologías.
- Pedagogías del olvido y la humillación. (Estas que no son llamadas así son las que han reinado de muchas maneras en los ejercicios académicos en el continente).

Mención especial merecerían las pedagogías del oprimido que no se abordan aquí o, tal vez, las anteriores hicieron un buen espacio a la opresión pedagógica, se hicieron las sordas. Es evidente que la presencia externa de pedagogías en el sistema educativo latinoamericano es innegable; todas esas presencias con la creencia de que con la educación se resolverán los graves problemas sociales en una suerte de religión cuyo mesías aún no aparece ni se sacrifica, como explicaba Illich en 1974, en el texto *El capitalismo del saber*: “Hoy, la fe en la enseñanza ha venido a constituir una nueva religión en el mundo”. Podría agregarse que es una fe sin iglesias y sin predicadores, y así, al menos hasta lo conocido, no avanzan las religiones, o sea, no conquistan, no convencen, no resuelven, ni mucho menos con dioses sordos como sugiere (Abad 2006, p. 67) “El Padre Eterno no era sordo como para que hubiera que gritarle tanto, y que si se daba el caso de que Dios fuera sordo, como a veces parecía, su sordera no era del oído sino del corazón”. De pronto, la sordera, no la genética sino la histórica, sea falta de amor como se percibe en una educación bastante enajenada y, por consiguiente, descomprometida.

Como en el amor, cualquier discurso sobre la educación es un fragmento, un fragmento porque la completud no aparece; a veces es espléndido, pero impracticable, es decir, muerto; en otras legiones el discurso es incoherente o mendaz,

aunque de forzosa adopción, que es el caso de la mayoría de las reformas promovidas por los estados centro y suramericanos. La deuda aparece por exceso o por defecto, aunque la gran deuda de los académicos de Latinoamérica, excepto Freire y algunos que antes se citaron, es que no le apuestan o siquiera se atreven a establecer propuestas propias que logren integrar a los excluidos, a los hijos de Macondo, de Comala, del Sertón, de la Vorágine, de los mineros en la Rebelión de las Ratas o los de aquel Mundo ancho y ajeno. Entonces, como gran paso, hay que dejar de criticar a los políticos para escudar las propias responsabilidades y reconocer que el modelo dominante también ha sido el de la indiferencia de los académicos latinoamericanos, el de la indiferencia de los desposeídos, el de la indiferencia de los modelos dominantes, el de la indiferencia del oprimido.

La insolidaridad

La insolidaridad puede preciarse de ser buena compañera de la sociedad latinoamericana y, la educación, tiene bastantes cerillas en dicho comportamiento. La corrupción es insolidaridad; la insolidaridad es una corrupción, es decir,

habitan en el mismo espacio y, para Latinoamérica, en el mismo tiempo.

No son de olvidar las malas hazañas de los gobiernos dictatoriales, que basaron sus prédicas en la dominación, en las leyes del terror y en la humillante aceptación de sus propuestas; fueron ingeniosos en trucos para raparse los dineros y arduos para violar los Derechos Humanos, mostrando esto que esos gobiernos dictatoriales son un claro ejemplo de insolidaridad e incapacidad de la educación para afrontarlos, su akairós es histórico y aprendido. La cultura del silencio se convirtió en política, religión y sistema de enseñanza. El sistema de justicia no ha sido eficiente porque el silencio permitió y permite a los delincuentes hacer de las suyas. Por más revoluciones educativas que se plantearon, el problema de la insolidaridad, de la corrupción o el de la criminalidad no pareció interesarles a las reformas planteadas.

“El gran camino de América Latina es la revolución educativa”, expuso el presidente de Colombia Álvaro Uribe el 08 de abril del 2010 en el Foro de Economía Mundial realizado en Cartagena. El caso es que esto lo menciona un sujeto insolidario con la educación que durante ocho años no hizo más que invertir en guerra y ya cuando estaba de salida viene a decir que se requería de una revolución educativa y, claro, la palabra

revolución le viene bien a un continente que se comprende bastante bien con las expresiones venidas de la guerra.

América Latina en plurales Akairós

Horadar los problemas pedagógicos de América Latina es una tarea ardua, ya que todos de alguna manera han contribuido a eternizarlos, tanto por decisiones políticas o sumisiones como por defectos en la transmisión del conocimiento; algo sugiere (Restrepo 2006, 13) al decir que “La educación empieza por introspección y autoconocimiento, motivando identidad; el latinoamericano no la ha tenido en plenitud y por eso no ha producido ciencia ni arte propiamente suyos”. Según esto ni introspección ni autoconocimiento es la experiencia por relatar de Latinoamérica, lo que motiva un abandono del tiempo y del espacio, un llegar a destiempo o

akairós que no sólo acosa a la institucionalidad que pretende representar a la comunidad.

- **Akairós administrativo:** importar modelos educativos de otros países, la nación modelo de la época, el programa ejemplar del momento. En muchos casos, el modelo importado llega años después cuando ya no es funcional o sin siquiera ser comprendido.
- **Akairós cultural:** no reconocer la cultura popular. Pensar que la gran cultura por aprender era o es aquella venida del centralismo europeo.
- **Akairós práctico:** tratar de introyectar muchos conocimientos sin dar posibilidades a cuestionar, a criticar. No se aprecia profundidad y aplicabilidad de las enseñanzas.
- **Akairós político:** ver la educación como un medio para introducir las ideologías de la clase gobernante. No invertir en educación sino en armas u otros actos de corrupción
- **Akairós utilitarista:** mirar al ser humano como un elemento productivo, un objeto útil.
- **Akairós del poder:** la crisis política, social y económica de los latinos ha sido desde la independencia hasta el siglo XXI en un continuum, un viaje en picada sin fondo. El akairós se manifiesta ese querer estar encima de las masas como política de opresión y patentadas cuando se dan las bienvenidas a unas posturas neocolonialistas.
- **Akairós ético:** el carácter elitista de la educación que tiene reparos en los medios para sus fines. La existencia de clases sociales con brechas tan amplias y la pereza de la elite intelectual de integrarse con el pueblo.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

- **Akairós científico:** No disponer de ayudas, de becas, de programas serios de investigación, promover las investigaciones en sus diferentes modalidades y bases con recursos estatales y privados.
- **Akairós Educativo:** problemas económicos, diversidad de modelos pedagógicos, ausencia de políticas ágiles y poca trascendencia de los ministerios de educación en auspiciar programas, proyectos y planes educativos que superen el dilema civilización/barbarie.
- **Akairós pedagógico:** adaptación de modelos externos a destiempo, mala incorporación e incompreensión de las teorías, escasa o nula credibilidad en las propuestas autóctonas y extendidas disputas por proteger los feudos.
- **Akairós jurídico:** contradicciones en las formas de participación, la exclusión como práctica jurídica y la injusticia como norma general.
- **Akairós organizativo:** Se facilita el desorden, la indisciplina y la improvisación en lugares donde no es viable. Las planeaciones de largo aliento no han existido con la limpieza que se merecen.
- **Akairós en reconocimiento:** no hemos podido reconocer a nuestras comunidades ancestrales —indígenas, afrodescendientes—, son las últimas para la toma de decisiones y las últimas en recibir la presencia estatal. Sus territorios son perseguidos para la explotación minera u otros megaproyectos, pero no son perseguidos para llevarles recursos, viviendas, educación, vías y servicios públicos dignos.
- **Akairós con nuestras mujeres y comunidad LGTBI.** Si existe un akairós en este continente que no hemos querido confrontar en serio es el caso de las mujeres y el de las comunidades LGTBI. Los tiempos de los poderes políticos han sido para otros campos, su akairós se manifiesta en el maltrato,

abuso y olvido que son y han sido objeto mujeres e integrantes de las comunidades LGBTBI

Para forzar lo indecible del akairós en Latinoamérica, no es de olvidar que en el mundo a partir de la segunda mitad del siglo XX se marca un desvanecimiento del sentido de la educación, momento en que se le recriminan las dos guerras mundiales, amén de otras barbaries venidas de la civilización, entonces la educación se ve deslucida y en Akairós, cuyos síntomas vale la pena relacionar, aunque no se abordarán uno a uno, si quedan para la discusión porque se hicieron muy patentes en América Latina. Globalización o mundialización de la economía; movimientos migratorios masivos; cambios en la estructura del mercado del trabajo; diversidad multicultural y multilingüaje; apogeo de la cultura del espectáculo; tránsito de una economía de consumo a una sociedad de consumo; rapidez en los cambios económicos, científicos, tecnológicos y políticos; ausencia de referentes estables; el gran mito de la modernidad es la idea del cambio permanente que da sepultura a lo sólido para abrirle paso a una modernidad líquida y, así no se registre en libros de historia o filosofía, se adopta la sordera como respuesta política a los problemas sociales, la movilidad de las comunidades no tiene eco político, económico ni educativo, casi

nadie los escucha. Los efectos de esta decisión, entre otros tantos, se pueden encontrar en la incapacidad del sistema escolar para cumplir las esperanzas que le fueron depositadas; las dificultades para equiparar equidad y excelencia; la corrupción económica y política desbordada; la deslegitimación de las instituciones tradicionales; la inutilidad o impertinencia de muchas enseñanzas, la despersonalización del acto de aula que conllevan al desinterés del estudiantado por el aprendizaje y la modificación de las funciones del profesorado que desvanecen el sentido de su labor.

Aleteía

Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado?, ¿Acaso el aparente?... ¡No!, ¡al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente! Frederic Nietzsche.



Dante y Beatriz a orillas del leteo. Óleo sobre lienzo. 1889. Autor. Cristóbal de Rojas (Venezolano).

Al eliminar el mundo verdadero, desaparece el aparente, no puede quedar una copia, al fin de cuentas desaparece lo que el mundo verdadero arrastraba tras de sí, por no decir, lo mentiroso o lo fingido; el caso es que

Nietzsche desaparece el mundo verdadero de Platón y, por antonomasia, sus copias, si es que ello es pensable; le da cristiana sepultura si se quiere. ¿Cuál será el mundo verdadero de la dirigencia latinoamericana en torno a la educación? ¿Será posible que el mundo aparente de la dirigencia latinoamericana exista, pese a que no les subsista el mundo verdadero?

La aleteia, ἀλήθεια que se desglosa en a, sin; lete, λήθε, olvido, aquello que no está oculto, que es evidente, que no se olvida. Uno de los cinco ríos del hades era lete, el olvido y ya sabemos que al anteponer la a, queda aleteia, la traducción es sin olvido o lo inolvidable, tiempo después fue que se transformó en verdad; ahora, entre inolvidable y verdad si existe distancia,

así lo queramos matizar argumentando que algo inolvidable se constituye en una verdad o en que la verdad es inolvidable, cualquier juego de palabras que se pueda construir sobre inolvidable y verdad siguen marcando una distancia, tal vez, como aquella distancia que se abre entre pobres y ricos en este continente que otrora fuera de Mayas, Aztecas, Onas e Incas. Lo inolvidable en Latinoamérica es el no llegar a tiempo, el saberse poco ortodoxos para estar en el espacio. Entonces, la versión aristotélica o platónica de que la verdad es lo inmutable, lo que permanece, lo que no cambia, no resuelve sino que empantana a la dirigencia latinoamericana: puesto que su verdad ha sido poco generosa con la educación, en eso son inolvidables para retornar al origen del término aleteia. Acaso, estemos precisando de la verdad no en el sentido moderno sino en el vernáculo, la que nunca debió perderse: aleteia como lo inolvidable y eso nos excusaba de seguir discutiendo sobre verdades, pero no fue así. A lo mejor, una de las verdades del akairós de la educación en Latinoamérica la cita en una investigación realizada en Bogotá por Juan Francisco Aguilar sobre la democracia en la educación, (Herrera 2001, p. 283, 284) “La escuela es una institución igualitaria que, sin embargo, reproduce la desigualdad social. La escuela es una institución pretendidamente igualadora que mantiene mecanismos que favorecen el elitismo. La escuela es una institución cargada de

imposiciones que pretende educar para la participación”. Si bien es cierto, este no es un mal exclusivo para Latinoamérica, no es excusa para aceptarlo con tanta mansedumbre. *No quiero que me cure, quiero que me entienda*, es la queja de muchos enfermos, a lo mejor queremos curar al enfermo sin comprenderlo, sin escucharlo; de ahí las sorderas del continente.

Alternativas. Colocarse ante la realidad

Por fortuna, frente a un problema las alternativas son múltiples, el asunto es que las entidades encargadas, tan siquiera adopten una de las posibles salidas o se ingenien algunas que rompan la cadena que, a veces, se muestra compacta y por eso inquebrantable. No sólo es paradójico sino irónico ver pasar el tiempo, mientras los problemas se eternizan, de lo inolvidables pasan al olvido en un curioso abandono colectivo.

Colocarse o ponerse ante la realidad es una demanda, es una necesidad, más que un simple juego de

palabras; colocarse ante la realidad es, con probabilidad, una de las grandes exigencias epocales, es, si se quiere, una pregunta a cualquier biografía del conocimiento, a cualquier didactobiografía educativa que no pretenda ser mera especulación. Para Gadamer las experiencias epocales son tres, la primera, la experiencia de la edad, es decir, la vida de una persona, su transcurso; la segunda es la experiencia del tránsito de una generación a otra, patentada bien en la muerte de un líder, en el cambio de un régimen o algo que provoqué una ruptura generacional; y la tercera es la experiencia de época absoluta o del final de los tiempos como experiencia de destino humano que entra en la conciencia histórica antigua como es el ejemplo del nacimiento de Jesús. Expone (Gadamer 2006, p. 137) “La experiencia epocal certifica que la realidad de la historia no se nos da en la actualización cognitiva del pasado ni en el dominio cognitivo del acontecer, sino en la experiencia de nuestro destino”. Así las cosas, la experiencia epocal no se resolvería como mero juego lingüístico sino como un deliberado acto de conciencia. Al menos, se puede exponer que Latinoamérica en este bicentenario de la independencia ha tenido bastantes experiencias epocales, pero que la experiencia del destino colectivo e individual supo alimentarse de fracasos, lo que podría forjar una fuga de la realidad, un abandono de querer construir el destino que es un buen ejemplo de una

educación en akairós. Líderes políticos, golpes militares y movimientos obreros ofrecieron un absoluto cambio, una mejoría de las condiciones sociales de comunidades abandonadas, pero dichas promesas no superaron el furor del anuncio; los dirigentes no se colocaron ante la realidad sino que se aprovecharon de una realidad para sus propósitos.

A la cuestión ¿Cómo colocarse —subjetiva y colectivamente—, ante la realidad latinoamericana?, las respuestas no florecen con sencillez; puesto que la realidad Latinoamericana, como cualquier otra, es muy amplia, casi infinita de describir, además, sabemos que no existe la realidad, algo así como universal, existen unas realidades, unas manifestaciones en múltiples sentidos. Entonces, al adelantar un ejercicio académico para reconocer aquellas realidades más dramáticas en Latinoamérica, se encuentra que la violencia escolar, callejera, sexual, laboral, económica, jurídica, mediática y lingüística han sido el sino de un continente que no logra resolver sus dependencias e ineficiencias. Como si lo antes descrito no fuese terrible, se perfilan otras amenazas bien dramáticas: las sombras de unos presidentes que buscan perpetuarse en el poder; la corrupción sin aparente control; la pobreza en estampida; el narcotráfico y sus éticas del atajo; el asesinato indiscriminado y la inconsciencia ambiental muestran un panorama poco alentador; pero ahí es donde debe un

intelectual, así entiendo a los docentes, insertarse subjetiva y colectivamente para creer que es posible intervenir estos procesos, que la educación aún sigue siendo la reserva moral de la sociedad para afrontar, de una manera decidida y constante, estas realidades casi apocalípticas del continente.

Al avanzar en los cuestionamientos: ¿Qué significaría colocarse ante la realidad?, ¿cómo se hace esto en la práctica, en la vida cotidiana?; y, ¿bajo qué condiciones esto es posible?, las respuestas tampoco son sencillas, pero se pueden columbrar alternativas, puesto que si logra diagnosticarse la realidad, se podrán identificar aquellas que amenazaron y amenazan a los desposeídos, al menos, existe un camino transitado, sabemos que, a veces, existe un diagnóstico mal hecho que otros quieren llamar sobredianoóstico, pero ello no implica que se deban aceptar las realidades como si fuesen destinos manifiestos e invariables a ciertas fuerzas entrópicas. En efecto, colocarse ante la realidad es trascender las demarcaciones, es asombrarse ante las violaciones, no creer inmodificable los destinos que imponen el poder y, cuando sea posible, buscar sus puntos menos fuertes para debilitarlos, para correr los límites de sus dictaduras. En Latinoamérica se hizo costumbre ver las diferentes corrupciones, entre ellas la educativa —no sólo ha sido la económica—, sin mayores protestas o acciones certeras para afrontarla. Es como si hubiese una evasión de la vida

cotidiana, no siempre sabemos colocarnos, es como si nos bastase con abordar y pensar los denominados grandes problemas que nos venden los medios de información como las crisis económicas, las grandes catástrofes naturales o los conatos de guerra; pero cuando queremos ver lo cotidiano estalla la cegara; a veces, la elite intelectual o su similar, si es que existe algo así como un intelectual, no tiene una mirada fina a problemas de subsistencia básicos porque no tienen que abordar un vehículo de servicio público para olfatear los olores y dolores del pueblo; no asisten a restaurantes populares para encontrarse con unos problemas sociales que a nadie pareciera importarles, unas realidades que surgen menores, pero de seguro son enormes: como no tener dinero para regresar a casa; no poder asistir a un servicio de salud; no poder enviar el hijo a la escuela porque no hay dinero para libros, mucho menos para transporte; no saber para donde irse cuando encuentra que su casa será arrebatada por la usurera banca que viene a recuperar los intereses de los intereses; de los gruesos discursos de afamados profesores no se encuentran salidas para aquellos niños, ancianos o indígenas que rodean los semáforos para pedir ayuda económica; no entregan salida a las dificultades de los drogadictos que no tienen dónde comer, ídem que no existen programas estatales eficientes para resocializarlos; los académicos o intelectuales no saben mucho de las dificultades

monetarias para cancelar los servicios públicos o cuando se tiene que ver morir al familiar en las puertas de un hospital cuyos médicos se negaron a prestarle atención; ahí es cuando parece colapsar cualquier gran discurso académico, religioso, político, económico o científico. Frente a esa realidad cotidiana es que la educación debería dejarse invadir, quizá, su gran marca vital ha sido la incapacidad de comprender e intervenir, no por desconocimiento sino por pura y bastarda insolidaridad, dejando esa labor para el poder político que, como ya sabemos, tampoco lo ha sabido asumir.

El saber colocarse frente a la realidad latinoamericana es abandonar los gruesos discursos, las grandes teorías o las pomposas frases de pensadores europeos y latinoamericanos que, muchos de ellos, añorando pasar a la historia por sus teorías, han dejado que a sus pies se hundan los problemas de la vida cotidiana, han cerrado los ojos y tapado los oídos, tal vez, por sordos y ciegos es que no se entregan las soluciones correspondientes. Un niño abandonado; una mujer maltratada; un indigente enfermo; un indígena despojado de su territorio; un anciano deambulando sin familia ni albergue; un campesino sin dinero para regresar con víveres al hogar, con su hijo sin asistir a la escuela y con su esposa enferma; esos son auténticos dramas de la vida cotidiana de América Latina que no parecen ser realidades para el grueso de los académicos o que

siquiera aparezca en alguna propuesta de reforma educativa; en cambio, la academia se basta debatiendo si la teoría de Foucault es mejor que la de Barthes, que si Gadamer y Rorty son de la misma escuela o si Derrida o Nietzsche inspiran en Zemelman este o aquel libro.

Lo concreto de esta realidad es que ni logramos percatarnos de las inanes discusiones teóricas o encumbradas disertaciones de sabiduría, mientras el pueblo sigue padeciendo la indiferencia política, económica, jurídica, religiosa, educativa y, como por si fuera poco, la indolencia del intelectual quien sería el llamado a leer los tiempos y a insertarse en la realidad poco digna de una población olvidada por el poder y, por desgracia, por la educación que aprendió a estar en el akairós en una Latinoamérica diversa e insolidaria.

Las razones de las élites intelectuales y económicas latinoamericanas no visitan demasiado las éticas humanas; puesto que en el continente hay riqueza de muy pocos y pobreza de muchos; violencia extrema; subdesarrollo económico; dependencia de monocultivos (café, banano, caña de azúcar, tabaco, árbol de caucho, maíz); indebida explotación minera; injerencia de la religión católica sobre las tradiciones y cultos indígenas o de otras comunidades; la censura oficial en movilizar ciertos contenidos; invasión de la universidad por militares y policías armados; entrometimiento de los militares en la

educación básica; los sistemas escolares uniformando aspiraciones escolares, sin afirmar la libre autodeterminación, sin enriquecer el diálogo, aún en el disenso, sin promover la actitud crítica, evitando que se convierta en un ejercicio narcisista, sin apostarle a las artes; elites adormitadas o arrodilladas frente a las culturas imperiales y con una escuela que no sabe mediar entre pasado, presente y futuro y, que, además no sabe contribuir a la integración latinoamericana. Todo este panorama desolador lo resuelve Freinet “No es con hombres arrodillados como levantaremos una democracia”: Lo anterior bien explica el por qué las democracias latinoamericanas siguen sin levantarse y conminan a la educación en akairós. No sea que el arrodillado le guste ver arrodillados a los otros tras de sí, aunque por lo visto así parece, para mayor desgracia del continente.

Entre muchas posibilidades, porque un problema tiene varias salidas, no es el caso que a un problema una solución; las alternativas hacia el Kairós educativo en Latinoamérica se podrían sintetizar en unas cuantas palabras o extender en varios libros, pero cualquiera sea el caso se requiere de un esfuerzo continuo y denodado, entre ellas vale destacar la premura de potenciar una formación permanente del profesorado; generar espacios académicos para que los docentes construyan conocimiento; elaborar material didáctico

que supere la mera instrumentalización; crear redes de integración profesores-estudiantes; estructurar una mirada certera a la diversidad; mejorar las condiciones laborales del profesorado; promover la innovación educativa; propiciar la autonomía de los centros educativos; problematizar y complejizar el trabajo en equipo del profesorado; no privilegiar los contenidos en detrimento del aprendizaje; verificar la enseñanza-aprendizaje con sentido para la vida; usar amplios abanicos metodológicos y didácticos; introducir planificación, autoevaluación y autorregulación; aperturar los centros educativos hacia la comunidad; reforzar la capacidad de gestión en los directivos; incorporar tecnologías, pero humanizar el aula; mejorar la inversión en educación y apostarle a la creación artística; promocionar la investigación educativa e incorporar el movimiento del conocimiento para aperturar los límites; revisar las metodologías de enseñanza en forma permanente; adoptar enfoques interculturales; abordar el problema de la realidad y la forma de complejizar los recortes que de ella suelen hacerse.

Se ha dicho que la escuela transforma a la sociedad, a lo mejor, en Latinoamérica, enseñados al realismo mágico, deberemos acudir a la inversa, es decir, transformar a la sociedad para cambiar a la escuela, porque la última nos resultó ineficiente, un tanto vendida y bastante insolidaria.

Explica Gadamer que la verdad de la conciencia histórica parece alcanzar su perfección cuando percibe el devenir en el pasar y el pasar en el devenir y cuando extrae del fluir incesante de los cambios la continuidad de una estructura histórica. A la luz de lo expuesto por uno de los padres de la hermenéutica, se agregaría que la experiencia del destino latinoamericano no puede seguir siendo una reconstrucción cognitiva ni una actualización de la historia, es un camino por emprender con las implicaciones que esto tiene y donde la educación no podría esconderse, es la llamada a liderar, a estar en necesidad de conciencia histórica.

La mirada del docente

El docente debería afinar la mirada. A veces, parece que algunas enfermedades visuales se trasladaron al ejercicio del profesorado, estrabismo o desviación de la mirada; presbicia o vista cansada; astigmatismo o vista confusa e incompleta; miopía o vista corta para lo lejano; hipermetropía o vista débil para lo cercano; daltonismo o vista que confunde los colores; cataratas u ojo con velos y ambliopía u ojo perezoso, todos estos son síntomas de un mal mayor: ceguera consentida, el que sabe hacerse de la vista gorda.

Es posible que muchos profesores padezcan varias enfermedades cuando no todas a la vez. Para lo cual, los docentes deberían identificar cuáles son sus problemas visuales que no le permitirán ver el pasado, observar el presente y visualizar el futuro, asuntos que se van acercando a la concepción de los territorios, pero ante todo a la vulneración de los tiempos. Podría ser que si los docentes refinan la mirada, el sistema educativo levante la cabeza, una para salir del letargo, dos para visualizar horizontes y tres para no conformarse con celebraciones bicentenas insulsas, mientras la comunidad abandonada por el Estado debe bastarse con sus precariedades e insolidaridad docente. La mirada del docente debería reconocer las enfermedades visuales e identificar los ídolos que lo rodean para que en los próximos dos siglos no se hable ni se padezca de una educación sombría; la mirada del docente, sin lugar a dudas, deberá pasar por hacerle aduana o auditoría al lenguaje, a su lenguaje. Ahora, si hay inocencia en esto que se menciona, sirve de consuelo que, por fortuna, para el inocente todo es posible.

Aduana o auditoría a las palabras

Es pensable que en Latinoamérica, al menos académicos e intelectuales, realicen un tamizaje, una aduana o

una auditoría a conceptos como historia, filosofía, ciencia, lenguaje, tiempo, verdadero, gramática, constructivismo, trascendental, hermenéutica, epistemología, tecné, educación entre otros, es decir, deben adelantarle un tamizaje, un rastreo, una aduana, un análisis o un filtro para no terminar siendo sorprendidos por palabras o sustantivos que parecen recoger todo, pero que, en su aparecida universalidad, dejan por fuera el tiempo, el espacio o la misma realidad, el problema es que el problema se encubre; del mismo modo, la auditoría al lenguaje sirve para horadar las tesorías de verdades, puesto que al ingresar a estos lugares o zonas de comodidad que alojan verdades, se podrán auditar los conceptos hasta llegar a los diversos enunciados que sustentan una verdad, o sea, una teoría y, tal vez, se les encuentre todo su mentidero.

Un desconocimiento tácito de las trampas del lenguaje puede contribuir al desperdicio de las ocasiones, el no permitir estar en el momento y en el lugar oportuno, el no llegar a tiempo porque el mismo lenguaje así lo permite. A esto explica en el texto *Somos tiempo* (Serna 2009, 44) “Sacar adelante un propósito, eludir un peligro, si se actúa en el momento justo, aporta una doble satisfacción; por el éxito obtenido, de un lado, por la habilidad demostrada, de otro lado. Es cuando se transmuta *chrónos* en *aión* a través del *kairós*”. El sentido de las oportunidades, el leer la oportunidad en esa bifurcación del

tiempo es la manera de romper la linealidad por la cual hemos venido comprendiendo y viviendo en el tiempo educativo en centro y sur América. A la educación Latinoamérica debe enseñársele a deshojar los universalismos, a desmontar los añosos deseos de universalidad y transmutarlos para que lleguen a ser contextuales, aterrizados al entorno, a las grandes dificultades que nos atraviesan; aquí no debemos inventar ni suponer problemas, la realidad nos brinda bastantes urgencias que aún no logramos resolver, expone Zemelman que sólo es leer un periódico para encontrarse con los problemas; el llamado es fuerte, no hay que inventar ni imaginar problemas, nos agreden en la cotidianidad y, claro, identificarlos es posible cuando decidimos auditar las palabras que los encubren, auditar la realidad hasta diagnosticarla, hacerle un control interno a nuestras formas de comprender y de mirar es necesario para no ser inferior al momento histórico.

Deshabitar las miserias que nos habitan

Nos habitan ciertas limitaciones que se van tornando en miserias, miserias que nos vuelven menos humanos y, por consecuencia, menos felices. Existe cierto pensar o **filosofía de la melancolía, filosofía de la angustia** que podría ser otra forma de miseria que habita al latinoamericano, se aprendió de

otras culturas, de pensadores que no sentían la fuerza oculta del latinoamericano.

Las colonias pueden terminar aceptando los errores de sus colonizadores sin adelantar tamizaje a los lenguajes, por ello Latinoamérica aprendió a parcelar la inteligencia con todas las dificultades que ello tiene, como bien lo expone (Grimberg 2000, p. 34) “La inteligencia parcelada, mecanicista, disyuntiva, reduccionista, rompe lo complejo del mundo en fragmentos separados, fracciona los problemas, separa lo que está unido, unidimensionaliza la multidimensional. Es una inteligencia miope que termina normalmente por encegucerse”. Esto de encegucerse es una buena muestra del Continente Latinoamericano que le agradó con ser sordo a los problemas sociales, sordo para escucharse sus voces, para oír-se sus rumores, es decir, sordo para sí, y con buenos oídos a lo que propone o propuso el afuera, cierto anhelo de ser occidente lo torna sordo de sí mismo, lo signa austero de sus propios lenguajes para creer de manera abierta en los lenguajes extranjeros, en unos lenguajes que nos enseñaron a ver el mundo sin vernos a nosotros mismos, unos lenguajes que nos instruyeron a creer en el progreso y en la construcción de utopías, pero que también nos enseñaron y, vaya paradoja, hasta creer en el holocausto.

Los otros escenarios educativos

Dicho así queda una imagen extraña ¿hay otros escenarios educativos? En este caso, no se podrían pasar por alto las escuelas militares y de policía como unos escenarios alternos que, si bien se sabe de ellos, no existe una mirada seria a esos modelos pedagógicos, puesto que en esos lugares los lenguajes formativos circulan con otras lógicas. Al sistema educativo latinoamericano le correspondería, por ética y por conveniencia política, extender la mirada y aguzar el oído en torno a las escuelas militares y de policía; no se puede seguir creyendo que la disciplina y el orden implica humillación y vejación del ser humano. En estos territorios también se fabrican algunos Frankenstein, se da paso a unos monstruos que como en el régimen Chileno o Argentino muchas explicaciones nos deben, caso similar ocurre en Colombia con los “Falsos positivos” o las agresiones de la policía brasilera o mexicana que parecen historia de nunca acabar. Por estas y otras razones es necesario que estos escenarios educativos no se pierdan del horizonte ni del advenir del continente, no se deberían seguir

denominando como otros escenarios educativos, sino, quizá, como escenarios alternos de formación.

El lenguaje torsionado o el giro lingüístico

No sólo basta con pensar las virtudes o querer aligerarlas, hay que hacerlo con el lenguaje, dejarlo ir y volver, no creer en ninguna eternidad, ni siquiera en la de las palabras que suelen ser vagabundas, un tanto infieles si se quiere. No es de olvidar que para Cassirer el lenguaje y el mito son especies próximas; ambos metafóricos y, estrechamente, ligados.

Lo curioso es que los lenguajes de Latinoamérica no cambian demasiado, deuda externa, falta de gestión, atraso social, desarrollo desigual, masacres a campesinos, corrupción y educación dominada, casi Celestina, del poder.

¿Para qué repensar el lenguaje del latinoamericano?, así las cosas, se propone repensar el lenguaje para dar paso al giro o, a una torsión lingüística que permita habilitar otra mirada en la idea de reconocer que el centro o la periferia son partituras de la misma composición, pero que al invertirlos se podrían facultar algunos lenguajes para que irrumpen y se puedan fracturar las decimonónicas incompetencias del poder en su

incomprensión. La idea central es que se puedan dar nuevos giros al incorporar algunas expresiones que surjan de estas rotaciones; nada fijo por siempre y siempre acariciando la idea de que no existen centros ni periferias definitivos o que, tal vez, ni existan los centros como se dice en física astronómica; ahora, es probable que los centros sólo constituyan unos apoyos del crono-topo humano para tratar de acercarse a las realidades que le interesan o incumben.

- Llevar al centro el Kairós, el aión y a la periferia el Chrónos
- Transferir los otros sentidos al centro y la visión a las afueras
- Trasladar al medio lo dionisiaco y al suburbio lo apolíneo
- Ubicar en el círculo la literatura y a las proximidades la filosofía en su concepción de historia de las ideas.
- Empujar a la rueda la literatura-poética y la filosofía científica a la periferia.
- Encaminar al centro a la risa en la academia y a los extramuros a los agelastos, a los científicos, a los filósofos y a los profesores que no ríen.
- Arrastrar al círculo unas verdades contextuales y a la periferia la verdad universal.
- Descentrar el lenguaje lineal o instrumental para permitir a la metáfora y al hipálage su despliegue.
- Traer al centro el adjetivo y el verbo; a la periferia el sustantivo.

- Ubicar en el centro la educación humanizada que no tematizada y llevar a la periferia la instrumentalización del hombre.

De manera que el giro lingüístico vital no implica la eliminación de lo periférico: “Nada en demasía”, destaca el oráculo de Delfos; esto para no perder el equilibrio y no suponer que lo llevado al centro es lo universal, porque no se trataría de un giro sino de una simple transposición, de un juego de la razón en el cual de una dictadura se pasaría a otra y eso va siendo pobreza de imaginación. Es pensable que Latinoamérica, además de acudir a un giro vital, le viene bien retomar las metáforas como campos semánticos abiertos que no se cierran, puesto que provocan aperturas lingüísticas. Sabemos que la cotidianidad del uso de la metáfora amplía el espectro de la comunicación y sus horizontes de interpretación. En ese sentido, es pertinente reformular los lenguajes de la exclusión del tipo “esto o aquello” para pasar a los de “esto y aquello” que son lenguajes de la inclusión; es un esfuerzo para pensar en las cópulas sintácticas que redimensionan las semánticas y convocan nuevas pragmáticas del lenguajear, del habitar el mundo; es sí de advertir un cierto cuidado con el tema de la inclusión porque pretendiendo recoger lo que está en los bordes le presta magro servicio al poder y flaco destino a la humanidad.

Así las cosas, las miserias que nos habitan son los monoteísmos y sus ofertas de inmortalidad, las tradiciones griegas con su oferta de eternidad; el comercio brutal y su oferta de presente absoluto. Entonces, está en nuestros mundos apostarle a un giro vital, no para cobrar venganzas o subir a los proletarios al poder para esclavizar a los amos, sino para que se puedan encontrar otros senderos, a lo mejor, algunos que no han sido visitados, pero si intuitivos.

Latinoamérica aprendió a estar de espaldas a la realidad, de espaldas a su futuro, de espaldas a la educación, en definitiva, de espaldas al hombre de su pueblo; “¿De espaldas a la realidad, es posible ser auténticamente algo o alguien en el mundo?” pregunta Xubirí. Nos falta que la educación enseñe no sólo aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser, sino y, por sobre todo, aprender a vivir juntos que es donde emerge el gran drama de nuestra Latinoamérica que aprendió a ser solitaria, sorda, quizá, por ello insolidaria.

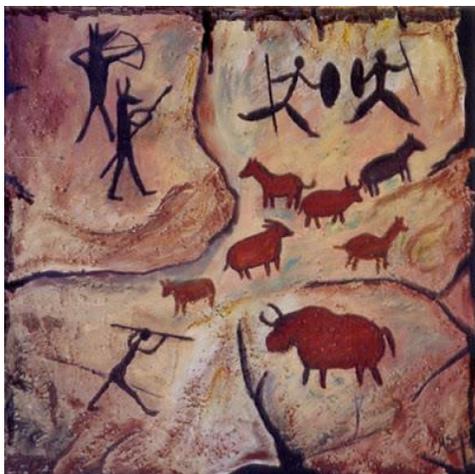
Hay que liberar a la educación dominada que gesta una escuela confesional, que permite una universidad vigilada por las Fuerzas Militares y de policía, entonces, como resultado aparece una educación insuficiente, escindida por no tener sujeto sino objetos; por no tener pensantes sino profesores que

se bastan con traficar con el conocimiento, con autores o con citas venerables; excepciones existen, pero en general estudiantes, profesores y directivos han permanecido por fuera de su propia identidad: el ser sujetos autónomos.

Las guerras en Latinoamérica merecen un capítulo especial como todas las guerras, pero las guerras de guerrillas, las de liberación o incluso guerra al hambre, a la desnutrición, a la pobreza o al analfabetismo, no son más que una metáfora que merecen un completo análisis, puesto que al final aparecen los muertos o los vencidos y los problemas sin solucionarse. Varios y no una son las incertidumbres del latinoamericano que desplazado por la guerra, por el odio casi genetal no sabe dónde posarse; puesto que la insolidaridad le ha signado cierto odio, cierto descreimiento a los programas políticas, y cierta la falta de identidad, no aquella dada por un documento, sino la que se siente por tener que pertenecer a una tierra avasallada, violentada y olvidada, en donde es más importante el parecer que el ser, el fugarse de la realidad que el vivir el presente.

Las artes.

Apostarle a las artes, a su mundo que convocan, puede ser un buen sendero para la educación devenida en Latinoamérica, sin olvidar que hay torturadores y asesinos que van a misa, que aman a sus hijos, que leen a Borges, que disfrutan de Siqueiros y que adoran la música de Beethoven.



Hombres cazando, pintura rupestre.

La pintura rupestre “Hombres cazando” nos muestra cómo fue el proceso de enseñanza en la caza de los animales de nuestros antepasados. A simple vista, encontramos que, en aquellas épocas, la teoría era muy corta y la práctica muy extensa, en cambio, en la educación del siglo XXI la teoría es extensa y la práctica, acaso, inexistente. Esto es lo que comprendemos que debe superar la educación latinoamericana, equilibrar las distancias sociales, raciales, religiosas, económicas y así acercarán teoría de práctica; por ello expone (Coll 2000) “se enseñan y se aprenden saberes y formas

culturales con la pretensión de que, una vez aprendidos, los alumnos puedan utilizarlos en un contexto distinto al escolar”. Si hay urgencia de docentes que transformen sus prácticas educativas, Latinoamérica está a tiempo de encontrar propuestas enriquecidas y enriquecedoras que siempre ofrezcan alternativas de humanidad que no sólo habiliten en el saber teórico sino que rehabiliten el sentido común.

Tal vez, existe cierta nostalgia de los universitarios del 68 que salieron a protestar y a pensar un mundo menos esquemático. En las siguientes décadas los movimientos estudiantiles poco han podido hacer; por así decirlo, poco se conoce de la esperanza de la universidad como opción de cambio y confrontación en lo que ha devenido en este siglo XXI, dejando ver una Latinoamérica dominada, diversa, en akairós y, por si fuera poco, insolidaria.

A veces, para los Latinoamericanos está bien acudir a uno de los lemas de la revolución de 1968 “Sean realistas: pidan lo imposible” atribuido a Censier, quizá, porque lo posible nunca llegará. ¿Podremos dar un giro a la educación del akairós sobre instituciones viejas? Esta es una pregunta que debe explorarse, puesto que unos programas novedosos puestos en instituciones monolíticas y avejentadas, con probabilidad,

terminarán llevando a cabo las reformas cuando el tiempo y el espacio ya no corresponden al espíritu de la época.

Valdría la pena que desde las artes, el pobre, el oprimido —Ser oprimido no sólo implica carencias económicas, es un estado de sofoco, de nominación, de subyugación venido de cualquier poder—, encuentren un espacio de creatividad, de desalienación, donde no quede reducido a mero instrumento, lo cual sería una tarea que requiere de intelectuales, en este caso, profesores que se comprometan consigo y con la humanidad, de lo contrario, seguiremos por las mismas aguas de cumbres borrascosas pródigas en odio y abandono, pero con un amor fingido. Si algo nos convoca las artes es a desordenar lo establecido y desde ellas podemos aprender a incluir a los niños de los indígenas, de los negros, de los indigentes, de los prisioneros en cárceles, de los trabajadores sexuales y de toda familia que resulte desprotegida dentro del sistema laboral; en definitiva, Latinoamérica no puede seguir concertando un akairós educativo.

Entonces, no sea que como establece Kertész que el problema no está en los problemas sino en algún sitio fuera de ellos; sugerencia para la educación que podría explorarse desde las artes, pero que requiere un giro lingüístico vital, es decir, de

una actitud humana que contravenga los formulismos que la modernidad nos vendió.

Ahora bien, no se trata de caer en la reconocida oposición civilización/barbarie. La civilización encuentra lo bárbaro, o sea, el problema, lo identifica, acto seguido lo crítica, lo desprestigia si es el caso, para luego presentar el proyecto que resolverá lo bárbaro, es decir, imponer lo aparente civilizado y así se irán relevando proyectos civilizados contra los bárbaros. Latinoamérica no puede seguir apostándole a las oposiciones sino a las articulaciones para llegar a construcciones dignas.

En tal caso, la actitud filosófica para afrontar el akairós de la educación en una Latinoamérica diversa e insolidaria, no podrá dejarle cerrar el futuro a nadie, no debería permitir que un lenguaje, emponzoñado y retrechero, se siga filtrando en la educación o en el quehacer científico de la academia sin hacersele aduana; requerirá de una actitud inflexible para denunciar al político o al profesor cansado, o a cualquier hombre que no permite la bifurcación del tiempo, o que no le haga aduana a su propia gramática y al léxico venido del afuera. Una actitud de un intelectual comprometido no caerá en el dualismo civilización/barbarie para abordar y comprender a Latinoamérica, puesto que dichos retornos o requiebres son imposibles e impracticables, por lo tanto, desertará o denunciará

el léxico estándar o forjador de hombres con pensamiento reducido; no podría caer en el silencio pesado ni en la dureza de oído que, históricamente, ha puesto a Latinoamérica en el akairós educativo y en la desterritorialización de sus indígenas. Por fortuna, en cinco siglos de colonia, dos de ellos luchando por la libertad, los latinoamericanos algo sabemos: sólo la muerte es obligatoria, lo demás es porque queremos aceptarlo.

Civilización y barbarie ha dejado de ser una fórmula posible para comprender la realidad latinoamericana. **Beatriz Gentile.**

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Bicentenario de la infamia: La justicia burlada y Latinoamérica acorralada



La gran bestia. (2017). Óleo sobre lienzo, Miguel Alberto González González

¿Burlados y acorralados en Latinoamérica?

Por cierta incapacidad de olvidar el pasado, se explora la cuestión de la administración de justicia a lo largo del bicentenario de las independencias de varios países latinoamericanos. La mirada pasa por recuperar, así sea doloroso, la sangrienta historia que signa a un continente y la estela de impunidad que acorrala a los grupos sociales que habitan y han habitado las tierras que, según la historia oficial, conquistó el navegante Cristóbal Colón y que nunca más aprendieron a liberarse.

Al levantar la cabeza para girar la vista hacia atrás, las instantáneas que se observan en nada son dignas de recordar, aparecen masacres, asesinatos selectivos, magnicidios y violaciones a los derechos humanos que, por supuesto, desestabilizan cualquier proyecto político, pero que se constituye en uno de los grandes retos para la justicia latinoamericana que no ha logrado resolverse del mejor modo. Familiares y allegados siguen clamando la verdad y la reparación, cuando sea el caso, pero pocas veces acaece ello;

aún no hemos mirado el pasado en una auténtica conciencia histórica, por algún extraño comportamiento de evadir los tiempos no sabemos cómo dar el paso hacia atrás.

Desde luego que una justicia flaca en acciones, pero opulenta en normas no resuelve las urgencias de legalidad con meros códigos ni con frases célebres. En un continente dependiente y poco autónomo que no se preocupa por la justicia da espacio a la venganza, a la autojusticia y por ello aparecen grupos de autodefensas, bandas de limpieza social e incluso tropas subversivas que pretenden entregar alternativas de igualdad. Todos estos grupos pueden tener un hilo común: la debilidad de la justicia les favorece su expansión y, a su vez, les permite tomarse algunos territorios para aplicar su ley.

La corrupción, los desfalcos a las entidades públicas y privadas es un claro ejemplo de que la justicia en Latinoamérica aún no se levanta de su marmórea imagen esculpida por un maestro romano. Sigue tan fría e insensible como la piedra que fuera, antes de darle forma.

Por lo tanto, la indolencia de la justicia ha facilitado la acción ilegal, ha dejado una brecha para que Latinoamérica no tenga democracias consolidadas, buenos servicios de salud, excelentes centros de educación o tan siquiera una subvención digna para las clases desfavorecidas, sino un remedo de instituciones que, muchas veces, terminan siendo peores que los

mismos criminales. Así las cosas, se dio espacio a una justicia burlada para dejar a Latinoamérica sitiada.

Seduca la idea de encontrar unos senderos interinos para que se investigue la realidad de nuestras independencias, que también sus masacres e injusticias se conozcan para que nos cuidemos de seguir consumando genocidios y alabando héroes tan sanguinarios como los terroristas; se proponen alternativas para esclarecer las desapariciones y las masacres que, en nombre ya no de la libertad sino de la democracia o cualquier otro sistema político, económico, religioso o militar, se impusieron y aún podrían estarse imponiendo para mayor desasosiego de la humanidad.

De lo que se sabe.

Si al menos supieras cantar, o si fueras arzobispo, o navegante, pero tú no eres más que general, así que no sirves más que para mandar. El otoño del patriarca. **Gabriel García Márquez.**

De lo que se sabe, al parecer insuficiente, así como de lo que se sospecha, que es otra forma de saber, a veces, es mejor ni hablar para no buscar consuelos que huelan a mentiras

o cuyo sabor esté putrefacto. Cuando sólo se sabe mandar, problema de militares, jueces, dictadores, dioses y de algunos profesores, se corre el riesgo de abusar, de llegar hasta la infamia para que lo prescrito o estipulado se cumpla. Saber cantar, dirigir una feligresía o capitanear un barco no es lo mismo que mandar, el mando se limita a jugar con la voluntad del otro para imponer los caprichos o hacer cumplir las normas, rara vez para dar cuenta del sentido común. Para Balzac, ejercer un poder, o sea mandar, no es trabajar. Entonces, la salida es simple, mandar es hacer que los demás trabajen y eso va siendo una infamia, acaso, el que manda llega a creer que también trabaja.

Conviene no desconocer que la justicia, en la mayoría de los países latinoamericanos, se ha circunscrito a hacer que los demás trabajen, a mandar, a someter y a enjuiciar al menos poderoso, al cabo que los grandes hacedores de dineros, de normas pérfidas y de crímenes se sustraen a los dictados de las leyes, son los que mandan a la justicia; en alguna cercanía con las palabras de Borges, "Dios detrás dios, la trama empieza". A ojo descubierto, el sólo servir para mandar es anidarse en la inutilidad, es un acercarse a lo nefasto que puede llegar a ser el hombre con poder; "El que nada sabe hacer sólo a mandar se dedica", estipula un aforismo callejero; con esta sentencia se

empieza a perder suelo bajo los pies y horizonte de mirada; ahora, por lo que parece, la justicia ni tiene piso para plantarse ni panorama para enorgullecerse y, para su desgracia, de tiempos antiguos se le creyó y, tal vez por eso se le esculpió, ciega, lo que no indica inocente ni tonta que si va siendo el caso de lo que acaece en Latinoamérica.

Entre muchas ambigüedades, de lo que se sabe, en una claridad vale insistir (Monroy 2006, 53-54) “Es necesario precisar que el derecho se distingue de la justicia y que ésta sólo es la finalidad primordial del derecho... casi todas las tendencias filosóficas conciben la justicia como armonía, proporcionalidad, igualdad”. Es decir, no por separar derecho de justicia se resuelve el enigma, porque la normatividad se practica en las casas de justicia o juzgados, pero también en la promulgación de la misma. El caso es que para Platón la justicia es la virtud fundamental de donde se derivan las demás; para Sócrates “Nadie hace el mal a sabiendas, bueno es quien sabe y obra en consecuencia”, esos son los hombres platónicos, los ideales, pero los reales, los de carne y hueso sí que saben —bueno, sabemos para no fingir pureza—, hacer el mal con pleno conocimiento, lo que en Latinoamérica ocurre es que se hace el mal a sabiendas y los llamados sabios se esconden, a veces, ni tan buenos han sido. Entonces, si lo bueno es justo, armónico,

proporcionado y equitativo; muchas son las preguntas sin resolver, puesto que en bonhomía, justicia, proporcionalidad, armonía e igualdad Latinoamérica nos debe bastantes explicaciones que deberían ser compartidas entre conquistadores, conquistados y aún entre aquellos que dicen ser independientes o soberanos, es decir, ni conquistadores ni conquistados.

Por su parte, y de lo que se sabe, libros como la Biblia, el Corán, el Talmud, la Ley del Talión, el Mahabarata y el Yurupary tienen una larga preocupación por la justicia, bastantes páginas le dedican al tema, que tampoco indica profundidad o seriedad. A su modo, los principales textos del monoteísmo se fueron por las ramas, porque de las injusticias perpetradas por los dioses —así fuesen inventados por los hombres—, poco se habla, mejor, se niegan; las injusticias divinales son perdonadas y hasta bien vistas. Quizás, uno de los grandes compromisos no superados por los libros monoteístas ha sido la justicia, por ello alucinan con feroces venganzas, extraños apocalipsis y mentidos cielos, bueno, no olvidemos que se puede manipular a la gente con el miedo.

De lo que se sabe sobre la justicia, sus miedos y los que infunde, Heráclito nos previene al indicar: “conviene saber que la guerra es común a todas las cosas y que la justicia es

discordia”. Sabemos de la ironía que nos planta el sofista del fluir; pero si seguimos aceptando que la justicia es discordia, en vez de que la justicia es justicia y la guerra es guerra, entonces daremos buenos argumentos para que los historiadores, políticos y juristas perpetúen en la historia de Latinoamérica la idea de la discordia que buenos réditos recogieron y, quizá, sino la sociedad no despierta seguirán cosechando beneficios porque de sembrar discordias saben bastante. Por ratos, parece apropiado hacerle un juicio a la justicia en este bicentenario de la independencia ¿Independencia de quien y de qué con respecto a qué? No apresurar las respuestas ni caer en la doxa liviana es lo que aconseja un justo pensar, ahora planto el interrogante ¿en el pensamiento hay justicia?

De lo que también se sabe es que el concepto independencia se reconoce por alguien cuando fue dependiente, pero exige un darse cuenta, un despertar cuyos procedimientos pasa por abandonos, rupturas, umbrales y límites; es decir, no se logra un análisis histórico de la independencia si sólo se revisa de la historia el procedimiento militar, político, religioso, educativo o económico, sin duda, intervienen múltiples factores teóricos, pragmáticos que conllevan a discontinuidades, neutralidades y transformaciones; a esto indica (Foucault 1970, 33): “La puesta en juego de los conceptos de discontinuidad, de

rupturas, de umbral, de límite, de serie, de transformación, plantea a todo análisis histórico no sólo cuestiones de procedimiento sino problemas teóricos”. Los problemas de procedimiento e históricos de la justicia es lo que no se ha revisado, no se sabe de las indebidas prácticas militares, políticas, económicas, educativas y religiosas en la carrera por la independencia; hay deuda de historia, deuda de justicia por una independencia mal relatada, mal librada y, tal vez, mal juzgada. En cuanto a los problemas teóricos varios son los desfases, uno, hemos relatado las batallas al estilo griego —Cíclopes, Centauros, Termópilas, Prometeos—, las hazañas se sublimaron a la altura de emperadores europeos; dos, los historiadores no hicieron hermenéutica de los hechos, se bastaron con sobredimensionar a los militares sin teorizar en otros campos; tres, la justicia hizo aguas, se conformó con una aldea de libertad, mientras por el continente se globalizaba la infamia y, cuatro, un plan del nuevo poder criollo, tal vez el verdadero, es que siempre tuviéramos miedo.

Bicentenario de la infamia.

Se cumplen dos siglos de independencia para Latinoamérica, pero la infamia no se reduce, acaso, la ignominia se amplía a cinco siglos de saberse colonia. No hay tal libertad, centro y Suramérica continúa en dependencias económicas, militares, sanitarias, religiosas, científicas, políticas y educativas; se ha llegado a tanta negación de lo propio, a tanto miedo e inseguridad de sí que cualquier avance en estas disciplinas es considerada sabia si proviene de Norte América o de Europa. Por si esto fuese insuficiente, la política de esconderse a las precariedades sociales tienen sus buenos representantes en este continente americano, donde la falsedad de la clase dirigente e intelectual se encuentra con bastante naturalidad; una interesante definición nos la entrega (Sánchez 2004, 27) “Si existe una ciencia política, su objeto ha de ser el estudio de la falsedad”. El analizar la falsedad, abordarla, comprenderla y sistematizarla le viene bien a la historia de las independencias de Latinoamérica, puesto que nos acostumbramos a estar en lo aparente para soportar con estoicismo las miserias del poder que deja a la sociedad abandonada en la violencia.

La gran infamia del bicentenario de la independencia es la violencia perpetua o eternizada que se ha patentado y se patenta en masacres, en asesinatos selectivos y en magnicidios que la justicia no logra resolver, abriendo así un espacio perfecto

para los criminales de un continente salvaje sin selvas protegidas, de un continente desierto pese a su riqueza natural, de un continente borroso o de un continente que arrollado por las potencias decide arrollar a sus ciudadanos; los arrolla porque su justicia es débil, primaria y expiatoria; eso lo aprendió desde sus gritos de independencia que dejaron correr demasiada sangre, tal vez innecesaria como todas las sangres derramadas, sin que se conociera un proceso contra aquellos que se excedieron en la búsqueda de la libertad, porque las búsquedas tienen un límite ético-estético: la preservación de la vida; lo demás son exacerbaciones de individuos que, perdidos en su idea de poder, invocan el nombre de la sociedad.

Los libros de historia dicen que en 1809 se independizaron Bolivia y Ecuador. En 1810 se gestan las independencias de Argentina, Colombia, Chile, México y Venezuela. En 1811 se dan las independencias de Uruguay, Paraguay y El Salvador. Las de los otros países latinoamericanos se van dando en fechas posteriores, Perú en 1821 y Brasil en 1822. Es necesario reconocer que la independencia no se sucede en todo el país ni en todas las comunidades a la vez, muchas batallas más fueron necesarias para culminar esos gritos o movimientos político-militares de libertad. Para colmo, ya independizados se mantenía la

esclavitud de los negros, de los indígenas y, en general, de los desposeídos ¿Quiénes se independizaron?, los burgueses nacientes, porque los demás debieron seguir soportando la mano del que los doblegaba.

Lo cierto es que de las infamias cometidas, tanto por independistas como por la corona española, nada se investigó, la justicia cerró los ojos ante muchas acciones desmedidas e innecesarias. Nadie se sepa avanzó sobre las violaciones a las mujeres, los asesinatos colaterales, el trabajo forzado a niños para enriquecer a Europeos o las expropiaciones innecesarias, claro no faltará el seguidor de Bolívar, Santander, Páez, San Martín o de cualquier otro *denominado como prócer* que forzando las interpretaciones haga creer que estos líderes dispusieron una justicia para reparar sus excesos; por suerte, nunca sería tarde hacer un juicio contra españoles, ingleses, franceses, portugueses u otros colonizadores que hicieron de las suyas contras nuestros tatarabuelos, pero tampoco haría mal incluir en el listín a ciertas clases sociales del continente que hicieron y hacen tanto daño como los colonizadores europeos. La letra la sabemos, la impunidad nace por múltiples factores que así lo permiten, entre ellos, el dejar que la historia corra de manera libresca sin auditarse, para buen albur, no todo está consumado, algo se puede corregir en el camino.

Independencias desquiciadas.

En una especie de mansalva, las independencias en América Latina fueron desquiciadas, despreciadas y destrozadas desde los mismos libertadores. Pugnas internas, conatos de asesinatos, persecuciones, delaciones, deslealtades, acusaciones y otras infidencias enmarcó el nacimiento de patrias bobas, de naciones que no supieron qué hacer con la libertad ni con el poder que adquirieron.

En consecuencia, la falta de ingenio para resolver la distribución del poder interno y las ansias desbordadas de algunos caudillos latinos hizo de la independencia una doble confrontación, cual lo expone (Chávez 2009) “La guerra de independencia de los pueblos hispanoamericanos fue cruel, encarnizada, y puso de manifiesto las luchas internas de poder entre la elite criolla”. La inconformidad del poder interno, muchas veces resultó superior a la inconformidad con el yugo; ello desencadenó más violencia y, es posible que esa forma sanguinaria de liberarnos, generó un odio atávico, un odio aprendido, por lo tanto, enseñado y pertinaz; un odio futurista con raíces en el pasado, porque, al fin de cuentas, el odio siempre tiene visión, sabe cultivarse; ese odio cultivado le dio

cabida a unos dictadores que, creyéndose salvadores, terminaron por ser peores que la misma corona española o portuguesa.

Por curso de este pensamiento sanguinario se dieron magnicidios, desapariciones y masacres colectivas en la paranoia de no dejar rastro del antiguo régimen y de imponer un nuevo orden; la influencia de Francia y su fratricida revolución, inspiró a muchos caudillos. El nuevo gobierno no sólo debía acabar con el enemigo extranjero sino con cualquier opositor criollo, quizá, ese es un motivo por el cual en meso y Suramérica no sabemos soportar la crítica y, en defensa propia, al opositor se le quiere desterrar, cuando no, desaparecer.

En una extraña forma de abrirse la libertad, en Latinoamérica aprendimos a enfrentar la violencia con violencia, a un crimen se le anexó otro crimen; a una injusticia se le responde con injusticia; a una exclusión se le enfrenta con más exclusión; a una barbarie se le responde con otra barbarie civilizatoria; con un clavo sacan otro clavo; a un dictador se le contrarresta con otro régimen; con estos sofismas arbitrarios, pero en apariencia efectivos se fueron consolidando las prácticas sociales de comprendernos y rebelarnos en esta América que aprendió a olvidarse de sí misma e hizo de la sordera su principal atributo.

Por su parte, es posible que la sordera de la justicia obedezca a una característica del continente que aprendió de sus colonizadores varias mañas, entre ellas el de no escucharse a sí mismo, el de volverse sordo a las críticas externas. De manera que existe una sordera endémica, sordera a las quejas sobre corrupción, sordera a los llamados de la educación y la misma educación sorda, sordera a las quejas sobre la salud, sordera los gritos de la violencia, sordera ante el abandono estatal y sordera ante la pobreza extrema; pero la sordera también se evidencia cuando no se quieren escuchar las armonías de los cantantes, la sordera se patentiza cuando no se reconoce la erótica de la raza latina, la sordera estalla cuando no se reconoce la creatividad de las gentes, la sordera es extrema cuando no se escuchan los sonidos de la naturaleza o en el momento en que no se oyen las propuestas teórico-metodológicas que elaboran los intelectuales latinos para afrontar algunas de las dificultades del continente. Si la metáfora nos ayuda, se podría decir que la sordera es una ceguera del oído que se niega a escuchar y a escuchar-se, lo cual es un acontecimiento de injusticia con uno de los sentidos que más ha desarrollado el ser humano. ¿Quién le enseñó a Latinoamérica a bastarse con la sordera? Esta sería una investigación que le podría arrojar algunas luces a la educación del continente. ¿Qué les gusta escuchar a los que se hacen los sordos?

Complementaría parte del nudo problémico las siguientes preguntas de Cajiao ¿Quién nos enseñó a mentir? O ¿Por qué nuestro pueblo es tan violento y al mismo tiempo tan servil? De manera que la educación y las instituciones de justicia deberían tener algunas respuestas bajo la manga, esto si no acuden a la premisa que se anuncia, *el tomarle gusto a la sordera*; podría ser que a Latinoamérica le rehúyen los grandes sueños, aquellos que le pueden enseñar el camino y, con alta probabilidad, no se encontrarían sino hay decisión para desafiar a la mentira y a la sordera.

Las masacres colectivas.

Avanzando por las sorderas del continente, no es de negar que la justicia social ha sido masacrada porque grupos sociales e importantes hombres fueron exterminados sin que la justicia lograra esclarecer los hechos; se masacró la lucidez, el honor, la libertad y la verdad, si es que alguna vez existieron.

En Argentina, sólo durante el siglo XX, aparecen más de veintiséis masacres perpetradas por militares, policías y delincuentes comunes. Se indica que hay unos treinta mil (30.000) desaparecidos, crímenes cometidos durante las dictaduras militares entre 1976 y 1983. Como si este

acontecimiento no fuese ensombrecedor, la justicia se sumó a la cadena de males al ir dejando libre a muchos generales y oficiales subalternos, bien por miedo, bien por amistad o bien por beneficio de cualquier poder; incluso, para empeorar el panorama, en 1989 el ejecutivo indultó a siete generales, abriendo aún más la brecha de la impunidad.

Chile, durante las décadas de 1970 y 1980, padeció la pérdida de miles de personas que, por no estar de acuerdo con Pinochet y su régimen, fueron llevados a sitios secretos y desaparecidos. También se registra la ejecución extrajudicial de personas; cerca de 1200 lugares se habilitaron para las retenciones sin que en pleno siglo XXI se pueda precisar el número de detenidos que allí fueron llevados y, tal vez, ejecutados; sólo con estos dos países bastaría para ver la dimensión del desastre humanitario y del débil o nulo accionar de la justicia en el continente, esto porque a ningún juez de país vecino se le ocurrió enjuiciar o abrir procesos contra estos criminales, quizá, apoyados en el respeto a las decisiones internas, así estas fuesen violatorias de la condición humana.

Colombia, con guerras interminables en los dos siglos, dejó convertir a su territorio en un amplio cementerio con masacres en Córdoba, Chocó, Putumayo, Valle del Cauca, Guajira, Caldas, Cauca, Risaralda, Tolima, Nariño, Urabá,

Boyacá, Santanderes, Magdalena medio, Putumayo, Bolívar, Meta, Vaupés, Antioquia y en ciudades como Bogotá, Medellín y Cali; para dolor de las familias, en su mayoría, no se ha castigado a los culpables o con los responsables libres y, acaso, prestos a continuar en sus malandanzas. En Colombia no existe grupo armado libre de haber participado en estas masacres, incluso, se conoce de casos donde las fuerzas armadas auxiliaron a grupos ilegales o, para empeorar, al interior de ellas mismas se cometieron masacres; salvo unos casos, los demás no fueron juzgados, ni siquiera procesos en su contra se iniciaron.

Cierto es que en Colombia, a menudo, se mencionan las masacres de las bananeras en Urabá, en 1928 se dio la primera y se intensificaron hasta el primer decenio del siglo XXI. De las ocurridas en 1928 ordenadas por un General embriagado no se conocen las sentencias, pero, *sotto voce*, se menciona que atrás de esto se encontraban algunas empresas nacionales y extranjeras dedicadas a producir y comercializar el banano, a enriquecerse, no sólo con una mano de obra mal paga, sino con la sangre derramada de la comunidad que los rodeaba; en ese territorio las masacres han estado a la orden del día con integrantes de las Fuerzas Militares involucrados; es tan dramático el asunto que el Nobel literatura le dedica un buen

espacio a éste caso que, a veces, se quiere dejar como si fuese un ejercicio creativo o de ficción; relata (García, 1976, 257-258) “Ya de las primeras filas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla... Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta que iba en un tren interminable... Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura de yeso en otoño... y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano”. El relato que se encuentra en *Cien años de soledad* continúa mostrando como el gobierno niega la masacre y la comunidad temerosa tampoco recuerda nada, esto permitía que el ejército prosiguiera en sus limpiezas sociales —lindezas del orden—, para contrarrestar la movilización bananera; escribe que en el día los soldados jugaban con los niños en las zonas inundadas por un torrencial aguacero mientras: “En la noche, después del toque de queda, derribaban puertas a culatazos, sacaban a los sospechosos de sus camas y se los llevaban a un viaje sin regreso”. La denuncia de una justicia moribunda y de unas noches del terror no parece de novela, parecen de la vida que Colombia ha padecido desde su independencia hasta los inicios del siglo XXI. Nunca cesó la horrible noche, como lo pretende el himno de los colombianos,

en su territorio el miedo ha rondado a manera de táctica y estrategia.

Este terror que relata con limpieza y dolor García Márquez se repitió en las zonas bananeras en el último decenio del siglo XX, donde guerrilleros, autodefensas y militares asesinaron a miles de campesinos trabajadores que, sin elección, debían estar a favor de las guerrillas en la noches, en las madrugadas con las autodefensas y en el día con el ejército, frente a esta dualidad todos hicieron leña del árbol para asesinar y arrasar con la zona bananera. De estos crímenes que relata Gabo y de los más recientes la justicia pocos resultados muestra, dos siglos de infamia en esta Colombia sangrienta que de la minería al caucho, de éste al banano y del banano a la marihuana y de ésta a la coca sólo ha sabido dejar, como lo expuso Churchill, sangre, dolor y lágrimas. El último caso de menos gloria son los falsos positivos del ejército colombiano entre el 2005 y el 2010, donde asesinaron, según fuentes de la ONU, a más de dos mil jóvenes, y cuyos culpables, en su mayoría, la justicia ha dejado en libertad, como un ejemplo más de que los “surcos de dolores” que se entonan en el himno no han concluido

En Guatemala se habla de 646 casos de masacres provocadas por los ejércitos armados tanto regulares como

irregulares; de culpables la justicia no sabe dar cuenta, los enjuiciados son un número risible frente a las violaciones y fatalidad de los hechos, tal vez, la memoria colectiva, corta en estos casos, no recuerda la crudeza de aquellos acontecimientos que enlutaron al continente que, por supuesto, le sirve a la justicia para hacerse la sorda y la ciega.

En El Salvador, pese a los tratados de paz, la sociedad aún no se levanta de las atrocidades de la guerra de guerrillas; como si las monstruosidades cometidas durante el conflicto no fueran suficientes, desde el asesinato de líderes religiosos hasta la tortura de ciudadanos corrientes, luego de los acuerdos de paz y desintegración de las guerrillas, aparecen en la sucesión del terror las maras, unos jóvenes dedicados a imponer un orden sanguinario y un desorden cultural en Centroamérica; tanto los primeros como los siguientes supieron burlarse de una justicia insuficiente e ineficaz desde tiempos viejos y cuyo presente resulta poco amenazador para ellos y sí desesperanzador para la ciudadanía.

Perú merece un buen espacio, cuando el Sendero Luminoso y los Tupac Amará asediaron a las fuerzas militares, entonces apareció el régimen de Fujimori para enfrentarlos, haciendo del terrorismo de Estado su respuesta; de ambos lados se registran masacres que la justicia mal investiga; así

Montesinos y Fujimori estén purgando condenas, faltan en la lista empresarios, ministros y generales que siguen a la sombra sin ser sentenciado por sus crímenes de lesa humanidad. No es raro, sería la excepción, que algún mandatario redacte un decreto para dejar en libertad a Montesinos y a Fujimori, por desgracia, eso ha sido tradición en esta América sitiada.

México en 1997 y la masacre de Acteal, con 45 muertos entre ellos niños y mujeres embarazadas sienta una horrorosa inauguración del nuevo milenio; pero en México existe un grueso prontuario de incursiones mortales antes y posteriores a esa fecha, lo que muestra el poco avance de la justicia social, a cambio, el crecimiento de la criminalidad y del narcotráfico parecen sin límites. Los mexicanos tienen innumerables excesos de violencia sobre las comunidades indígenas; antes, durante y después de su independencia, México hizo de la injusticia una forma de mostrar que a Latinoamérica la une una justicia masacrada y una política sin vísceras.

Se escribe que el régimen de Batista en Cuba le costó la vida a más de veinte mil ciudadanos, el régimen de Castro también tiene innumerables víctimas, allí no existe forma de constatar los excesos del poder, el silencio a las críticas es la respuesta del poder. En Haití se establece que el régimen de Jean Claude Duvalier asesinó a más de cuarenta y cinco mil

personas. ¿Dónde se encuentran los tribunales internacionales de justicia, puesto que los locales hace rato colapsaron?

En el mismo sentido se registran masacres en Nicaragua, Honduras, Panamá o Paraguay en la guerra del Chaco con más de cincuenta mil muertos; igual sucede en Uruguay, Venezuela, Bolivia y Brasil que de masacres supieron habérselas los grupos armados; en resumen, Suramérica y Centro América tiene una dolorosa historia de masacres que la justicia no resolvió en su momento ni, ojalá sea un error de este texto, jamás abordarán por miedo a encontrarse con el monstruo que los habita.

La poca gallardía para conservar la vida, pero si la perfidia para irrespetarla, la relata (García Márquez 1976, 204) “El niño tropezó por accidente con un cabo de la policía y le derramó el refresco en el uniforme, el bárbaro lo hizo picadillo a machetazos y decapitó de un tajo al abuelo que trató de impedirlo”. Esta narración en el libro *Cien años de soledad* parece contenida en el presente de cualquier lugar de Latinoamérica, donde un policía, un militar, un paramilitar o delincuente común ajusticia de la manera más cruel la menor afrenta a su honor. La memoria del tiempo no registra épocas mejores para el continente en cuanto a la justicia, esto como para intensificar la náusea y mantener las heridas del pasado.

Los magnicidios.

Darle larguezas a la vieja ultraviolencia podría ser un lema para Latinoamérica. Asesinatos como los del presidente boliviano Gualberto Villarroel en 1946 o del revolucionario Ernesto Che Guevara en 1967 aún dejan muchas verdades en las sombras, Bolivia sigue sin castigar a los autores materiales o intelectuales de estos hechos; la impunidad no sólo es para estos dos casos, existen varios más que continúan en la penumbra como asesinatos de sindicalistas y masacres indígenas.

En los casos de Salvador Allende y Víctor Jara asesinados en 1973 cuando se instauraba la dictadura de Pinochet en Chile aparecen como la hoja negra de la justicia puesto que no logró sancionar a los responsables, los intentos por esclarecer los hechos se vieron empañados cuando no se encarcelaron a los autores intelectuales que, para nadie era un secreto, porque sus nombres aparecían en panfletos, eran citados en cualquier esquina o tarareados en estribillos de improvisadas canciones de protesta.

El gran líder Ezequiel Zamora de Venezuela es asesinado en 1860, una bala terminó con su vida, de los responsables no se tuvo noticias; Carlos Delgado Chalbaud lo ajustician en 1950, vicepresidente de la junta militar de Venezuela, es un caso, entre tantos, en que la justicia sigue endeudada; otros grandes líderes de esa nación perecieron de manera violenta, mientras la justicia desvió su mirada.

José Antonio Remón, presidente de Panamá es asesinado en 1955, la justicia tiene preguntas sin resolver; en 1981, el General Omar Torrijos murió en un accidente aéreo, las dudas son muchas sobre el siniestro, incluso sobre la CIA se ciernen sospechas, pero la justicia panameña ¿Cuándo tendrá acceso a los archivos de esa agencia de inteligencia?; de igual manera, otros líderes han muerto asesinados, al cabo que los organismos encargados de esclarecer los hechos que, cual copia de los otros organismos latinoamericanos, celebran efemérides con grandes francachelas, pese a que no han podido —¿o querido?—, dar con los responsables de los magnicidios, mucho menos darán cuenta de los miles de anónimos hombres y mujeres asesinados.

En Ecuador también se registran casos sin que la justicia diera cuenta de los magnicidios, como lo ocurrido con el presidente Jaime Roldós Aguilera que, curioso es, en 1981

muere en otro accidente aéreo, cuyos rumores no dejan de señalar a la CIA, la misma pregunta ¿Algún día podrá la justicia ecuatoriana conocer los archivos secretos de la CIA?, otros grandes líderes han sido asesinados sin que la justicia diese cuenta de los culpables.

El General Sandino es acribillado en 1934, Anastasio Somoza García presidente de Nicaragua es asesinado en 1956, al igual que Anastasio Somoza Debayle, abaleado en Paraguay en 1980, en estos casos la justicia luce coja y con pocas opciones de llegar; muchos creen que sus muertes pueden silenciar la verdad, permitiendo que los autores intelectuales se solacen a las sombras del poder, como en otros países del continente caen los peones, mientras los reyes y reinas duermen la siesta de su maléfico tufo.

Carlos Castillo Armas, presidente de Guatemala asesinado en 1957 o el presidente de República Dominicana Rafael Leónidas Trujillo asesinado en 1961, son casos donde la justicia sigue precaria, por no decir, escondida en los crímenes. Si en algo aplica, popular es la sentencia, peca el que hace como el que calla y más aún el que debiendo ser justo no lo es.

En El salvador el obispo Oscar Arnulfo Romero fue asesinado, al lado de otros ilustres ciudadanos en una guerra sin normas como todas las que han estallado en América Latina. La

justicia aún debe bastante información, mientras el tiempo va alejando los hechos, cumpliendo el apotegma que la justicia sabe, pero que aún no comprende: el tiempo que pasa es la verdad que huye.

El asesinato de Luis María Argaña Vicepresidente de Paraguay en 1999, tampoco ha sido resuelto de la mejor manera; importantes hombres y mujeres ofrendaron su vida, jueces y docentes entre ellos; la justicia sorda, ni rumores tiene de los acontecimientos.

Luis Fernando Colosio, candidato presidencial de México murió sin que se esclarezcan los pormenores que logre satisfacer a sus seguidores; Pancho Villa fue asesinado y de los culpables nadie dio cuenta; igual, han muerto otros grandes revolucionarios u hombres públicos sin que se hubiesen identificado a los responsables.

La historia de Brasil tampoco es menos escalofriante; el expresidente Joao Goulart, asesinado en 1976 en Argentina sigue sin descifrarse; el presidente de los pobres Getulio Vargas, aparentemente se suicida en 1954; este como muchos otros casos no es dilucidado como se debe. Las persecuciones a educadores y diferentes líderes regionales hasta ser asesinados, salvo excepciones, la mayoría siguen impunes. La pregunta por los Nazis asilados en Brasil sigue sin responder;

las instituciones encargadas de investigar estos casos, poco hicieron para encontrar los responsables que permitieron alojar allí a los criminales de guerra.

Argentina tiene su buena lista de magnicidios; en 1834 el gobernador de Salta Pablo la Torre es asesinado en prisión, tómesese en cuenta, que es un caso cercano a la independencia; entre 1820 y 1850 se presentan más de veinte magnicidios, todos, claro sin judicialización. En 1870 el presidente Justo José de Urquiza es asesinado al igual que sus hijos; en 1970, un siglo después de Justo Urquiza, el expresidente Pedro Eugenio Aramburu, luego de ser secuestrado es asesinado por la organización guerrillera los montoneros. La impunidad en estos casos es el elemento común, porque así se conozcan nombres o supuestos autores materiales no siempre fueron castigados y cuando se trató de los responsables intelectuales la impunidad llegó a límites desastrosos, ahí sí como para taparse los oídos, si de sorderas hablamos.

Colombia sí que tiene una larga lista de magnicidios sin resolver. Antonio José de Sucre en 1830, Rafael Uribe Uribe en 1914, Jorge Eliécer Gaitán en 1948, el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla en 1984, el director del diario el Espectador Guillermo Cano Isaza en 1984, Jaime Pardo Leal y Héctor Abad

Gómez en 1987, Luis Carlos Galán en 1989, Carlos Pizarro León Gómez en 1990, Álvaro Gómez Hurtado en 1995, en su mayoría políticos de avanzada; el humorista Jaime Garzón en 1999, Orlando Sierra en el 2002, periodista del diario la Patria de Manizales, Monseñor Isaías Duarte Cansino asesinado en el 2002. Todos estos casos siguen abiertos, es decir, algunos sumarios con responsables materiales, pero, la mayoría, sin castigar a los autores intelectuales y, en el peor de los casos, sin esclarecerse lo que alrededor de estas muertes ocurrió. Si los anteriores crímenes no han sido investigados, mucho menos se iba a investigar los fusilamientos que ordenó Bolívar, al tratarse de soldados rasos u hombres de poca jerarquía.

Este panorama de la justicia latinoamericana, en cuanto a magnicidios, es deprimente; ahora, si de estos casos que son tan sonoros no se tienen resultados tangibles ¿qué se podrá esperar de los ciudadanos comunes y silvestres? La respuesta no precisa mucha inducción, como la lluvia, cae por efecto de gravedad. La justicia Latinoamérica es sorda o se hace la sorda que para el caso y frente a los resultados es lo mismo, o sea, selectiva de oído, oye lo que quiere oír.

Las muertes anónimas.

Es innegable que profesores, sindicalistas, indígenas y líderes obreros han sido asesinados por grupos militares, paramilitares o delincuenciales que asumen sus discursos como un peligro para el régimen de turno. Las comunidades indígenas o negras han padecido presiones en todos los sentidos y la justicia ni asoma y cuando lo hace es para ufanarse de unos flacos y, a veces, hasta mentirosos resultados.

De las muertes anónimas no se tienen datos fiables, cada organismo estatal hace sus propias cifras, pero nadie tiene la misión de indagar para saber la realidad judicial con miles de personas que mueren y murieron asesinadas sin que se haya abierto un proceso de esclarecimiento o que, por falta de pruebas, se hubiese cerrado que es peor. El siglo XX tiene un enorme listado de muertes anónimas que debieran apenar a los gobernantes latinoamericanos.

La injusticia bicentenaria contra los indígenas.

Como si antes de las independencias no hubiese sido nefasto el sometimiento indígena, resulta que luego de las

supuestas libertades, la justicia ciega y desinteresada poco emprendió a favor de las comunidades aborígenes que, siendo mayoría, con el tiempo llegaron a ser minoría y, para desgracia, hasta objeto de la extinción fueron. Muchas instituciones, impregnadas de eurocentrismo e incluso apoyadas en viejos pronunciamientos de la iglesia romana, dieron la espalda a nuestros indígenas, cuando no, fueron persecutores de aquellos grupos que se podían constituir en riesgo para sus intereses.

En el texto *El mundo es ancho ajeno*, Ciro Alegría nos conmueve, nos pone a pensar que los nativos son anónimos y, por lo tanto, posibles de ser arrasados por los diferentes poderes, al cabo que la justicia se solidarizaba con el poder para terminar desprotegiendo y juzgando a la comunidad liderada por el líder Rosendo Maqui; (Alegría 1964, 166) “¡la ley, el sagrado imperio de la ley! ¡El orden, el sagrado imperio del orden! El pueblo, como un francotirador extraviado en la tierra de nadie, recibió ataques desde ambos lados y cayó abatido siempre”. Así fue que para quitarles tierras a los indígenas y entregárselas a los terratenientes se fueron promulgando leyes y se apoyaron del ejército para cumplirlas; ni más ni menos: la ley rapando con el poder de las armas.

En Colombia existieron diferentes períodos donde los indígenas fueron expropiados; un caso típico fue la colonización

antioqueña, al finalizar el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, los antioqueños les hicieron tantos daños a las comunidades aborígenes como la corona española. En lo más reciente de la funesta historia de Colombia entre 1974 y 2004, los indígenas padecieron una violencia donde la justicia hizo poco por esclarecer, las cifras son aterradoras, como lo muestra un estudio sobre los indígenas, donde se establece (Villa 2005, 22) “Asesinatos políticos 1889, desapariciones forzadas 222, heridos 604, secuestrados 130, violencia sexual 1009 y detención arbitraria 2493”, del total de 785.356 indígenas que era la población para el año 2004. De esta estadística que se verifica con nombres de los afectados, se desprenden interrogantes ¿De qué justicia, de qué libertad, de cuál bicentenario deberíamos enorgullecernos?

México, Bolivia, Brasil, Ecuador, Venezuela, Perú, Chile, Argentina, Nicaragua y Guatemala, tampoco poseen una historia indígena más benévola, desplazamientos forzados, violaciones, asesinatos y persecuciones hacen parte del mapa criminal en contra de los nativos. No tanto los historiadores como si los literatos refieren que los indígenas latinoamericanos fueron forzados a entregar sus mejores tierras, para ello se hizo uso de la norma, de presiones del ejército o de la policía y, si encontraba resistencia, se les iba encarcelando o asesinando. Entre las

muchas deudas que con nuestros indígenas se tiene, la aplicación de la justicia es una de las más visibles.

La deuda histórica con las mujeres, una sucesión de injusticias.

Las mujeres en Latinoamérica padecen y han padecido todo tipo de discriminaciones, de abusos, de olvidos, de opresiones y de estigmatizaciones.

Si algo tienen que decirnos son las mujeres, su independencia tarda más siglos de lo esperado, su independencia si que ha sido una falacia. Las mujeres han dependido de otros, sus ingresos laborales, eso no es exageración, son inferiores a los de sus homólogos.

Hemos hablado de todo tipo de injusticias, de todo tipo de liberación, pero la mujer, sólo, a partir, de los 50s del siglo XX empieza a ser nombrada con relevancia, empieza a tener derechos políticos. De objeto de reproducción, de objeto sexual a sujeto de derechos es un paso que apenas empieza a darse en el continente, no obstante, en comunidades menos favorecidas son, también, las mujeres las más acosadas, las que menos privilegios gozan.

La deuda histórica con las mujeres, las injusticias y abusos cometidos contra ellas nos muestra que ese grupo social no puede celebrar ningún bicentenario de la independencia, sino un bicentenario del abandono, del sometimiento y de la esclavitud al servicio de su señor, del hombre.

Hay excepciones, claro, no lo podemos negar, pero son la minoría, por ello insistimos que si la independencia política se celebra para los países latinoamericanos, las mujeres, los pobres, las lesbianas y los gays no pueden celebrar dicho evento, apenas se empiezan a nombrar con seriedad sus derechos. ¿Qué continente hemos construido donde la violación, el feminicidio, el racismo y la homofobia están en su mayor esplendor? ¿De qué bicentenario de la independencia hablamos?

Las comunidades LGTBI relegados y casi odiados.

Tan olvidadas e incluso tan maltratados han sido esta comunidad LGTBI, que se pueden comparar con las comunidades originarias y las mujeres, incluso, en este siglo XXI no tienen el mismo derecho laboral que hombres y mujeres, por ello deben realizar oficios como peluqueros, trabajadores

sexuales, tal vez, la única profesión que les presta alguna atención es la moda.

Estas comunidades no pueden hablar de independencia, hasta hace unas pocas décadas debían reprimir, esconder sus cuerpos, sus deseos, sus rostros. Por algunos poderes eran considerados enfermos mentales, un peligro para la sociedad. Las violaciones a estas personas no cuentan, no interesan a las justicias en Latinoamérica, parece sujetos sin derechos escondidos ante su propia gente. Se sabe de redadas policiales y militares para quitar su presencia de esquinas o plazas públicas.

Las injusticias cometidas contra estas comunidades no se han nombrado en toda su extensión, pero tampoco se les ha reparado el daño recibido. ¿Cuándo tendremos presidentes LGBTI? ¿Ministros y funcionarios importantes de gobierno liderados por estas comunidades LGBTI? No una década, varias serán las que transcurrirán para resolver estas injusticias.

Muchos sectores sienten odio, pereza y deseos de no encontrarse con alguna persona que no sea heterosexual, en ese sentido, el akairós del continente con estos grupos sociales es enorme ¿Qué nos dice la educación en particular? ¿Qué pasó en nuestras aulas que no enseñamos a respetar a nuestras mujeres, a nuestras comunidades LGBTI?

Campos de concentración en Latinoamérica.

La expresión campos de concentración nos lleva a una memoria de dolor, a una memoria que ya quisiéramos que fuese mentira, pero nada más cierto y terrible que esa época que la humanidad vivió bajo el régimen Nazista. Argentina, Chile, Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Colombia son el claro ejemplo de continuidad de lo que heredaron de Hitler, crear campos de concentración para desaparecer personas. Dice Guarín en el prólogo al libro *Ritual de la inteligencia compartida*, refiriéndose a Colombia: “Hoy somos tierra del ocaso, menormente, una geohistoria de la cual no queda nada... nosotros no somos proyecto arrojado, somos proyecto amenazado. Nuestro ocaso no es el del arrojado sino el del arrasamiento”. Este arrasamiento pasa por los distintos campos de concentración que se edificaron y que quizás se edifican en esta Latinoamérica que al andar sin la ética de la justicia, cada cual impone sus propios atajos para hacer justicia. Nos pone a pensar que en las décadas venideras pueden aparecer gobernantes que fingiendo democracia se queden el poder al modificar constituciones y, sí, el pueblo se opone, no tendrán

dificultad en atacarlo y llevarlo a campos de concentración, ya no con esos nombres, pero sí con las mismas ideas.

En la Naranja Mecánica o *Clockwork Orange* de Anthony Burgess, nos impacta con la siguiente expresión “Hemos estudiado el problema desde hace un siglo y no se encuentran soluciones”. Esa es la respuesta que el Estado sabe darle a los problemas, muchos diagnósticos y pocas acciones; ahora, esto se ajusta a la realidad del continente, porque, ya lo sabemos, las comisiones internacionales visitan algunas zonas afectadas por la violencia y poco encuentran y si, algo ven, nada hacen, esta suerte de tragedia la relata García Márquez en *El Otoño del Patriarca*, cuando una comisión viene a verificar la desaparición de dos mil niños, los mismos que sacaban las balotas para que el patriarca se ganara la lotería: “Las puertas del país están abiertas para que se establezca la verdad, que vengan a buscarla, vinieron, vino una comisión de la Sociedad de las Naciones que removió las piedras más ocultas del país... al final dieron fe pública de que habían encontrado las cárceles clausuradas, la patria en paz, cada cosa en su puesto”. Así sucede con la justicia latinoamericana no ven lo evidente o deciden ocultar en los informes la verdad, maquillan los hechos, los ficcionan, al fin de cuentas, los campos de concentración se

construyen, como hizo el patriarca, en las zonas más alejadas para injusticiar gentes alejadas y expropiadas.

La deuda de la justicia en este bicentenario pasa por no investigar y encontrar responsables de tantos campos de concentración, de tantas cárceles clandestinas, de tantos lugares, denominados campos de reflexión; todos destinados a propósitos del Estado: desaparecer al opositor.

El ejemplo más reciente de campos de concentración con hornos crematorios fue delatado en el 2008 en la región de los santanderes en Colombia, aparecen fotos, en esos lugares las autodefensas masacraban y luego incineraban los cuerpos, incluso, las cenizas las arrojaban a las aguas y uno que otro detalle incluso lo resolvían arrojándolas a canecas con sustancias químicas; como la lección ya la sabían, entonces las guerrillas de las Farc, también adoptaron campos para los secuestrados, allí los encierran en alambradas, los humillan, le impiden la movilidad y les racionan la alimentación, como se ve la conexión de los secuestrados con el mundo exterior parecen imágenes sacadas de Auschwitz.

Latinoamérica acorralada.

Varios libros han descrito la situación del continente; *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano o *El hombre mediocre* de José Ingenieros, *El olor de la guayaba* de Gabo y Plinio Apuleyo, en estos casos se realizan una instantánea de esta América sitiada. Estos intelectuales del continente mostraron que nos ocurren muchos acontecimientos a manera de encerronas como las luchas por la tierra, por el poder, por el reconocimiento, por la libertad, por la igualdad, por la precariedad económica, por la ruptura con la clase política, por la angustia del devenir que no ha permitido consolidar un progreso digno, por la fragilidad del continente; se desprende que cierta mediocridad embarga al latino burgués, se olfatean las venas del desprecio, de la venganza, de la intolerancia y del dolor en un continente que no hace mucho por cerrar el desangre, las venas siguen abiertas.

De la intolerancia aprendida, se pasa a consumir la venganza, porque la justicia timorata y vendida poco hace. Un vivo ejemplo, es un testimonio el venganza que relata un personaje que fue objeto de la violencia y como tal impone la suya, le apuesta a la muerte del enemigo como quien apuesta en juegos de casino, (Castro 1986, 21) “En voz baja, él anda por el pueblo provocando a sus contrarios y diciendo que para vengar al finado tiene que matar a mucha gente todavía”. Esta

forma de ver la justicia no es exclusiva de ningún pueblo en particular colombiano, es la generalidad para Latinoamérica donde la libertad ganada con sangre, sin que ello hubiese garantizado la justicia, hizo que aprendiéramos a buscar la libertad haciendo justicia por nuestros propios medios. Los narcotraficantes, los guerrilleros, los grupos de autodefensas o paramilitares, las bandas de limpieza social, las fuerzas militares y de policía o los grandes hacendados, viendo que la justicia no se aplica con los criterios de la norma, acuden al principio primero de la humanidad regida por la ley del Tali3n: ojo por ojo y diente por diente.

A no dudar, Latinoam3rica est3 sitiada por la corrupci3n, por el envilecimiento de las multinacionales, sitiado por las potencias e imperios, sitiada por la indiferencia y, ante todo, sitiada por la ineficiencia del sistema judicial.

Normatividad.

Existe suficiente normatividad en todos los estados latinoamericanos, constituciones ambiciosas, leyes bien enunciadas y decretos claros, pero la pr3ctica no atiende al

espíritu de la norma sino el espíritu del corrupto, del poderoso o del pusilánime que no es capaz de exigir el cumplimiento.

Los policías, los fiscales, los medios de comunicación y la misma comunidad caen en la simpleza de exigir leyes más duras sin percatarse que la ineficiencia es el real problema. En términos generales, la justicia en Latinoamérica es una perra flaca que caza pequeñas alimañas mientras los jabalíes, elefantes y otras especies agrandadas se le ríen en la cara, el caso es que ni pena siente; parece cumplirse la irónica proclama de (Hemingway 1999, 305) “La verdad es que es muy poco lo que un hombre puede hacer por otro”. Es evidente que un hombre puede hacer mucho por el otro si se comporta con dialécticas de la ilusión, con dialécticas de la honestidad que venzan las dialécticas hostiles o las alfabetizaciones industriales de la violencia y de la impunidad.

¿Unas violencias?

Unas violencias en plural e interrogadas son las que han venido aconteciendo en Latinoamérica, antes, durante y después de unas independencias; aquí el chrónos, tiempo lineal o industrial se ha mantenido, tal vez, negando al aión, tiempo

subjetivo, el tiempo del placer y del deseo donde no hay relojes, también conocido como el eterno tiempo de los dioses y al Kairós, tiempo oportuno, múltiple o del hombre, es el demonio fugaz que surge como inspiración, es un instante, es un tiempo y lugar a la vez, es un tiempo que siempre llega y siempre se va, es el presente justo. Es decir, por alguna circunstancia social nuestro tiempo se independizó del espacio, se tornó sólo en chrónos y pareciera que estas violencias lineales y casi repetidas o retornadas nos encerraron, nos llevaron a los antiguos mitos griegos donde los castigos eran eternos, caímos en la trampa que envuelve la oferta de eternidad vendida desde los griegos para todo occidente y nos sedujeron con la salvación ferida por las religiones judaicas; de manera curiosa nos bastamos con el tiempo agendado, una suerte de crimen humano si se quiere que daría paso a otros crímenes, a otras violencias.

A la violencia de reducir el tiempo se le suman las violencias directas contras las personas. Las cifras del crimen son estremecedoras, como lo expone (Londoño 2000, p. 5) “La violencia en América Latina ha alcanzado niveles sin precedentes, cada año cerca de 140.000 latinoamericanos son asesinados”. Se pueden mirar otras estadísticas y año a año incrementan. Ese dato provoca escalofrío, cuando no horror, es como si una ciudad chica desapareciera producto de un

acorrallamiento en un macabro bombardeo. El caso es que el costo de esa violencia equivale al 5% del producto interno bruto de Centro y Suramérica.

Se explica, en el libro *Asalto al desarrollo, violencia en América Latina*, que en Colombia la violencia parece haberse profesionalizado. Así vista, la expresión es categórica y fantasmal, señalar que una sociedad aceptó la profesionalización de la violencia rebasa la ficción; el caso es que al revisar las estadísticas, luego de la independencia de aquel 1810, Colombia no le ha dado mucha oportunidad a sus hombres y mujeres, a cambio les ha entregado una violencia institucionalizada; que bien explica (Londoño 2000, 111) “Teniendo en cuenta el precario desempeño de la justicia penal colombiana en la tarea de investigar y aclarar los homicidios es poco lo que se sabe en el país de los agresores, o de las circunstancias que rodean las muertes violentas”. Esta es una aclaración y una sindicación de lo pobre e inepto del accionar de la justicia.

Avanzar en los comportamientos ilegales que no se investigan constituiría una enciclopedia del terror; para sólo citar una capital latinoamericana que bien pudiese ser cualquier otra, nos establece (Londoño 2000, 240) “En 1996 se calcula que en Lima Metropolitana ocurrieron cerca de 1.300.000 robos en el

año”. Esta cifra es escandalosa y, claro, una forma de aprobar el por qué la justicia en Latinoamérica está acorralada, el porqué de su akairós. Páginas más adelante refiere Juan Londoño que los asesinatos en Caracas se cometen a cualquier hora del día. Escribir **cualquier hora del día**, es confirmar que no hay justicia a la que se deba responder ni mucho menos respetar.

Aún se tienen más fuentes, como agrega (Frülhin 2005, p. 117) “La región de América Latina y del Caribe es considerada como una de las más violentas del mundo, y los datos existentes confirman esta percepción”. Unas páginas adelante da a conocer estadísticas oficiales que, en el más de los casos, maquilladas y alteradas, reflejan un pasado doloroso y dejan intuir un panorama gris.

Lo violento es un signo bastante cercano a la humanidad, en unas épocas más visibles que en otras; pero con Latinoamérica se ha ensañado una inquietante ineptitud del sistema encargado de administrar justicia que, a veces, es tan violento y en algunas es tan laxo que, en ambos casos, ayuda a propagar el miedo y la violencia; expone (Oakley 1993, p. 1993) “La violencia es, tristemente, un fenómeno cotidiano en Latinoamérica. Los periódicos reportan y descubren diariamente un catálogo enfermizo y continuo de muertes”. Decir que **la muerte es enfermiza** va siendo una lúgubre metáfora, la cual se

puede traducir así: la sociedad está enferma por matarse y, tal vez, la justicia latinoamericana nació muerta o ni siquiera ha nacido.

La justicia burlada.

¿Por qué somos tan tolerantes frente a la injusticia? Francisco Cajiao.

La pregunta podría tener múltiples justificaciones, empezando por la propia, el de escudarse, el de ceder la responsabilidad a otras instancias, el de pensar que las guerras, asesinatos y cuantos vejámenes existen o existieron son externos a la propia voluntad, como si fuesen mandatos ajenos; lo doloroso es que se aprendió a ser tolerante con la injusticia; de los numerosos litigios internos y los incontables crímenes ejecutados en nombre de la libertad siguen sin culpables y, para colmo, muchos asesinos convertidos de héroes en viejos libros de historia o modernos compendios de apología al crimen; es como si la justicia latinoamericana se bastase con su pusilánime historia, mientras los criminales corren por todos los tiempos

haciendo las suyas en estos doscientos años de ignominia y de sangre.

No bien estaban independizadas las cinco repúblicas bolivarianas, cuando Bolívar escribe una de las varias amenazas al congreso, fechado en Quito el 12 de noviembre de 1822: “Yo tengo en el sur cerca de 5.000 hombres con que hacer respetar la ley, la justicia y el orden”. Con esto nos revelaba el libertador que si la norma no se ajustaba a sus requisitos, él aplicaría justicia con su propio ejército, lo que nos puede mostrar esa terrible tendencia de burlarnos de lo existente para querer instaurar nuestra visión de justicia, es probable que al libertador le animaban muchos hechos que contrariaban sus sueños, pero ello no justificaba semejante idea de intervención. Y si los peligros de burlar los poderes de la justicia nacían del propio libertador qué se podía esperar de los demás.

Dos siglos adelante, la situación no es menos halagüeña para los ciudadanos corrientes donde ni siquiera puede soñar con un ejército o policía a su servicio como si lo tuvo Bolívar; es tan precaria la justicia, que si antes la quería burlar el gran libertador en el Siglo XXI la burla cualquiera, basta leer en (Londoño 2000, 205) “Se registra un quinto asalto bancario en México con saldo de dos policías y un civil muerto..., fue encontrada en su domicilio una pareja de comerciantes

asesinados..., dos hombres no identificados de aproximadamente 30 a 35 años de edad fueron asesinados..., en ninguno de estos casos fueron detenidos los agresores por las fuerzas policiales... La reforma, 7 de febrero de 1997". Este panorama se puede trasladar a cualquier otro país y época, es una especie de instantánea congelada en el tiempo, forzando la cadena para revalidar la ineptitud judicial que conlleva al recrudecimiento de la violencia.

Así las cosas y con semejante ineficiencia, lucen insuficientes las súplicas de aquellos que añoran un cambio social, de un Estado con sentido común; de quienes acuden a marchas pacifistas o que integran movimientos altruistas; es posible que vaya siendo momento de que el latinoamericano se enfrente consigo mismo para soñar un continente distinto, un continente que llegue en el tiempo justo o kairós para resolver sus traumas.

Las dictaduras.

Si algo ha entorpecido el progreso social en Latinoamérica son las dictaduras, de ellas se engendraron monstruos dedicados a perseguir y a desaparecer a cualquier

contradictor. La justicia si que debe bastantes explicaciones con todos los dictadores que hicieron del continente su patio de ropas, hicieron de los países latinoamericanos un culto al terror, una funeraria de normas, un cementerio de injusticias y un osario para los humanos.

Vale recordar que la dictadura es un régimen autoritario, donde una sola persona encarna el poder político, ejecutivo, legislativo, judicial, económico y militar entre otros. De un dictador se puede esperar cualquier decisión menos ecuanimidad en sus actos de justicia.

Las dictaduras del siglo XX en América Latina no fueron pocas, esto sin desconocer que luego de la independencia se consolidaron unas dictaduras por parte de los libertadores, Bolívar fue un buen ejemplo, y a esas formas de gobierno le siguieron otros regímenes no menos alentadores que la misma corona española.

Dictaduras en Latinoamérica

País	Años
Argentina	1930-1932. 1943-1946. 1955-1958. 1962-1963. 1966-1973. 1976-1983.
Bolivia	1930-1952. 1971-1982.
Brasil	1889-1894. 1964-1985.
Chile	1927-1931. 1973-1990.
Colombia	1953-1958.
Cuba	1952-1958. 1959-
República Dominicana	1989-1899. 1930-1961.
El Salvador	1931-1979.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

Ecuador	1963-1965. 1972-1978.
Guatemala	1931-1944. 1954-1986.
Haití	1963-1971. 1991-1994.
Honduras	1963-1971. 1972-1982. 2009-
México	1853-1855. 1876-1910.
Nicaragua	1934-1979.
Panamá	1968-1991.
Paraguay	1940-1948. 1949-1989.
Perú	1948-1956. 1968-1980.
Uruguay	1973-1985.
Venezuela	1908-1938. 1952-1958. 1999? ¿Nace otra dictadura?

Como se observa, ningún país de Suramérica quedó fuera del cono dictatorial y en Centroamérica sólo Costa Rica no tuvo dictadores. Quizás, el no haber conocido dictadores, ha permitido tener más confianza en las acciones de la justicia, sin que se pueda excluir del todo de la lista donde la justicia sigue burlada.

Bajo estas dictaduras se sucedieron masacres, desapariciones, torturas, magnicidios y violaciones que la justicia no ha logrado esclarecer, al cabo que los hijos de muchos de estos dictadores incursionan en la política para echar tierra a los hechos y hacer del olvido la principal fortaleza de Latinoamérica, lo que permitirá que la justicia nunca dé con los responsables.

El caso es que las dictaduras sumen a la población en unas infancias permanentes, siempre quieren controlar, someter y castigar para que el joven, en este caso la población,

cumpla los mandamientos. Esta forma de gobernar instituye organizaciones heterónomas y poco ágiles, como es el caso de la justicia y de otras tantas instituciones de Latinoamérica que no han logrado definir su camino, puesto que esperan las directrices del gran padre universal, les desaparece el enigma de inquietud y curiosidad.

Los derechos humanos pasaron sus peores momentos bajo estos dictadores. Las gramáticas de humanismo se vieron afectadas, así Victoria Camps en (Muguerza 1898, p. 111) exponga que “El culto de nuestro tiempo es el de los derechos humanos. Producto de la secularización de la cultura, ocupan el lugar que en tiempos tuvo la religión”. Esto parece una afirmación un tanto irrespetuosa, puesto que no existe disminución de violentación a los derechos humanos con respecto a otras épocas, y no porque se hable de Dios se es más creyente o piadoso, igual nos ocurre con los derechos humanos.

No es menos lamentable que en Latinoamérica se sigan prospectando las dictaduras, que se continué respetando a los dictadores existentes o en potencia, que no se les exija un viraje, que en las prisiones sigan torturando y dejando morir a los opositores; es evidente que al interior de esos países no puede operar la justicia, no es posible, sólo toca adaptarse a los caprichos del que manda, pero ¿Qué sucede con la corte

interamericana o con las otras instancias internacionales? Es como si la infamia debiera seguirse soportando, pese a ser tan públicas las violaciones.

Las democracias.

Las democracias tampoco la han pasado mejor. El drama es que en Colombia todos los magnicidios se han dado en las democracias, salvo unas masacres ocurridas en la dictadura del gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, la mayoría se han registrado en las democracias. Para peor pena, ni en las dictaduras ni en las democracias la justicia colombiana pudo encontrar los responsables tanto materiales como intelectuales de los hechos.

Lo triste y preocupante a la vez es que revisadas todas las páginas de internet que tienen dedicados los países latinoamericanos al bicentenario de la independencia la Justicia no se visualiza como problema a resolver. Se da por sentado que no existe nada por esclarecer en torno a las mismas independencias, como si el proceso de liberación justificase de por sí, los asesinatos, las violaciones, las desapariciones, las torturas, las ejecuciones extrajudiciales y judiciales en una

terrible aceptación del fin justifica los medios. En las democracias de Latinoamérica no interesa ahondar en la historia, parece ser que se teme realizar unas investigaciones históricas que enjuicien los medios utilizados para llegar a las independencias. Sin lugar a dudas, va siendo tiempo que nos ruboricemos ante las verdaderas masacres e infamias que nuestros caudillos cometieron, tanto con los imperios que dominaban como contra sus propios compatriotas o contra aquellos que, por alguna razón, decidieron no sumarse a las causas libertadoras.

En las escrituras de nuestros libertadores se aprecian deseos por hacer feliz al pueblo, es posible, que no pase de ser un sueño o, en el peor de los casos, sólo tengan derecho a ser felices aquellos que los apoyan. Refiriéndose a Bolívar destaca (Urueña 2004, p. 29) “Como Adams, Bolívar explica que para ser perfecto, un gobierno republicano debe reunir dos condiciones. Por una parte, debe producir la mayor suma posible de felicidad y, por otra, debe producir la mayor suma de seguridad y de estabilidad política”. La misión de la felicidad no sería exclusiva para los republicanos, donde se privilegia el imperio de la ley, sino que debería ser un imperativo para cualquier democracia seria. Dos siglos después, el concepto de seguridad quiere

desaparecer las pocas libertades, así no puede eclosionar una justicia asertiva.

Las artes.

Una visita a los grandes atletas de la palabra latinoamericanos nos pone al tanto de lo que allí se aventura. Los dolores de una sociedad que nunca ha tenido confianza en la justicia porque ésta ha resultado inferior a sus demandas, ha sido menor a la naturaleza de sus criminales. Sin lugar a dudas, nuestros escritores han hecho un esfuerzo significativo por relatar la historia de una infamia, del abuso de la justicia al no emprender su misión, esto se evidencia en grandes zagas como *Cien años de soledad* o *El otoño del patriarca* de García Márquez; *La casa verde* o *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa; *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría; *La vorágine* de José Eustasio Rivera; *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo; *El olvido que seremos* de Héctor Abad Facio Lince; *Martín Fierro* de Pedro Hernández; *Huasipungo* de Jorge Icaza; Pablo Neruda hizo otro tanto en sus poemas; aunque es un texto muy sociológico *El hombre mediocre* de José Ingenieros también hinca sus escritos en este problema.

Pintores, escultores, músicos, arquitectos, dancistas y cineastas dolidos con la realidad del continente se comprometieron y comprometen con este abandono del que la sociedad latinoamericana padece. Escritores y cronistas europeos o de Estados Unidos también sentaron o siguen sentando sus protestas por el modo en que la justicia en Latinoamérica aborda los grandes problemas.

El artista colombiano Fernando Botero pintó una serie dedicada a la masacre en Córdoba de Tres esquinas; dibujó a Tirofijo, el fundador de la principal guerrilla colombiana; así mismo tampoco silenció lo ocurrido en Afganistán, donde los soldados torturaban a reos. Lo común en todas estas pinturas es que la justicia no logró capturar ni enjuiciar a los autores materiales e intelectuales de la masacre en Tres Esquinas ni tampoco pudo poner bajo las rejas a Tirofijo de cuyas actividades criminales aún no se tienen suficientes registros. De lo ocurrido en Abu Ghraib no es que la justicia americana hubiese hecho demasiado, pero al menos, si se conocen los autores materiales no estaríamos tan seguros en relación con los responsables intelectuales.

Las artes, en general, nunca se han convencido de que la independencia de América Latina fuese real, sus temas son insistentes en que nuestro gran mal radica en la debilidad o

indolencia de la justicia, bien frente a los grandes o bien frente a los pequeños crímenes, si es que se puede hablar de crímenes pequeños; el caso es que, como se ha indicado, la mayoría continúan en el limbo o en la impunidad. Por así decirlo, somos colonia de los imperios, de sus avanzadas tecno-industriales, económicas-militares, pero ante todo somos colonia de la incapacidad e indiferencia de la justicia. Por antonomasia de justicia se le adosa el de coja y ciega; este apelativo no le queda mal por lo ocurrido desde la misma independencia Latinoamérica, y ya sabemos que si un cojo tiene dificultades en llegar, qué se podrá esperar de su condición de ciego. Los artistas nos brindan buenos ejemplos de exigencias a la justicia, por desgracia, insuficientes.

Caminos alternos.

¡Debe ser espantoso/ser Dios eternamente/y no tener pasado que olvidar! Luis Fernando Mejía.

El no tener pasado que olvidar, por fortuna, no es una posibilidad de la justicia, tiene mucho pasado que jamás podrá

olvidar y mucho menos podrá borrar. Ese pasado de la justicia latinoamericana desdentado, descuadernado, deshojado, desojado, descuartizado, desolado, desmirriado, desdichado, desvergonzado y despojado de altivez, es tiempo de ser revertido. Hay una consolidación de rivalidades venidas desde el mismo momento de las independencias, cuyo pasado no es de olvidar; si el camino no tiene tiempo para las nostalgias, la justicia no puede decir lo mismo porque nostalgias deben quedarle para reconfigurarse de un modo más digno.

Es evidente que Latinoamérica tiene pocos antecedentes de unidad, ni siquiera se han podido consolidar unas fronteras abiertas y un libre comercio en una población que los une el idioma y el realismo mágico, pero los separa su escaso ingenio para compartir; los congrega unas exigencias de lealtad a la justicia, pero los aísla su poca idea de solidaridad; por esto y por muchas cosas más es que los senderos alternantes no emergen con generosidad.

Cierto es que los caminos alternos hay que ponerlos en duda, no se puede creer en las alternativas por el sólo hecho de nombrarlas, es necesario filtrarlas de los mesianismos, de los apocalipsis y de la misma novedad, que ya no lo va siendo, que encierra la palabra alternativo, puesto que en este tercer milenio, lo alternativo no garantiza salirse de lo hegemónico porque lo

alterno puede ser otra hegemonía que abre luces y extiende sombras; visto es que también debemos cuidarnos de las alternativas.

Tal vez, nos falte perder poder para ganar en afecto y en libertad, nos explica el profesor Silvio Sánchez. De pronto, nos falta libertad para ganar afecto y enfrentar al poder que nos parcela la realidad, que nos presenta una historia de la libertad mal ensayada, al cabo que la justicia, con la sociedad en su interior, sigue en las rejas; ya nos advirtió Lorca “No quiero llanto, la muerte hay que mirarla cara a cara”; A la libertad y la justicia hay que mirarlas a la cara.

La necesidad de indagar e impartir justicia alrededor de unos hechos de la independencia Latinoamericana nos permitirá reconocer que nos acostumbramos a cumplir los objetivos por encima de cualquier condición humana. Un camino alternativo son las comisiones de la verdad para revisar nuestras independencias sin patriotismos austeros, sin santificación ni demonización de personas, sólo para saber que, a lo mejor, la historia independista Latinoamérica es tan cruenta que por ello no hemos logrado consolidar las democracias y los verdaderos derechos de los ciudadanos de un continente excluido y esquilado por cuanto imperio y sátrapa dictador ha existido y existirá.

Así parezca anacrónico, aún estamos a tiempo de hacer juicios y encontrar responsables de las violaciones a las mujeres, fuesen o no indígenas, perpetradas por los súbditos de la corona española o por los independistas. Así se argumente lo contrario, aún hay tiempo y espacio para realizar un seguimiento y condenar, así sea moralmente, a una nación por no haber hecho nada para encauzar a sus ejércitos tanto en la guerra como fuera de ella. Si aún existen familiares directos, que vivan en la pobreza absoluta, de aquellos que fueron expropiados por gobiernos democráticos o dictatoriales, esos Estados deberían indemnizarlos para restituir, en parte, los daños provocados a una sociedad que ni los necesitaba ni tampoco demandó su presencia.

En consecuencia y ante la imposibilidad de que las justicias existentes puedan dar con los responsables de magnicidios, torturas, masacres y violaciones a los derechos humanos, es pertinente pensar en tribunales de la verdad, conformados por prestigiosos académicos y juristas de todos los países latinoamericanos, a fin de establecerse unas investigaciones históricas que nos acerquen a las verdades y a los verdaderos criminales. No es una cacería de brujas lo que se propone, es la búsqueda de una verdad que no hemos conocido.

Si estamos de acuerdo en que la justicia está en deuda, es necesario promulgar unas normas más amplias que faculten a unas comisiones para que escudriñen y así mismo condenen a los responsables, no importa si se encuentran o no con vida, lo importante es que la historia no deje en la gloria a grandes criminales que hoy figuran en el panteón de los héroes de muchos países.

Del mismo modo, verificar en las cortes supremas de justicia y cortes constitucionales los diferentes pronunciamientos y fallos para recuperar los espacios perdidos. En la literatura de importantes juristas subyacen muchas claves para superar las crisis de institucionalidad de Latinoamérica que, en parte, se derivada de una justicia burlada.

No es que la justicia vaya a salvar a los latinoamericanos de tantos lastres, al fin de cuentas, el concepto de salvación subyace en la humanidad como herencia religiosa; pero si puede contribuir, y de qué manera, en la consolidación de una sociedad, quizá, permitirle una mayor confianza en las instituciones que, como la justicia, se encuentran en deuda, por no decir, al punto de no retorno si no se adoptan decisiones prontas.

La justicia burlona deja a una sociedad burlada y desesperanzada. ¿Valdrá la pena hablar de glorias, escribir

discursos e invertir recursos en pomposas celebraciones? ¿Qué pensarán las familias de los masacrados y de los desaparecidos que aún no saben los resultados de las investigaciones? No es más que una afrenta a la dignidad humana tener que soportar a una justicia burlada, mientras se realizan bacanales y celebraciones en nombre de un bicentenario infame dentro de una Latinoamérica acorralada

Colombia, que de grandes criminales ha sabido valerse, tuvo en los años 60s a Desquite, un hombre que ordenó y participó en matanzas, tal como otros criminales latinoamericanos, hizo de su vida un infierno para sí y un purgatorio para los demás. Desquite fue ajusticiado por el ejército, frente a esto el gran poeta nadaísta Gonzalo Arango escribió la *Elegía a Desquite*:

“¿Qué dirá Dios de este bandido?

Nada que Dios no sepa: que los hombres no matan porque nacieron asesinos, sino que son asesinos porque la sociedad en que nacieron les negó el derecho a ser hombres...

Entonces, ¿a dónde irá Desquite?

Pues a la tierra que manchó con su sangre y la de sus víctimas. La tierra que no es vengativa, lo cubrirá de cieno, silencio y olvido...

Nunca la vida fue tan mortal para un hombre.

Yo pregunto sobre su tumba cavada en la montaña: ¿No habrá manera de que Colombia, en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir?

Si Colombia no puede responder a esta pregunta, entonces profetizo una desgracia: Desquite resucitará, y la tierra se volverá a regar de sangre, dolor y lágrimas”.

Esta búsqueda de justicia social, esta urgencia de justicia ha creado monstruos peores que los criminales perseguidos, tampoco hemos sabido darle oportunidades, puesto que la justicia cierra los casos sin dar unos pasos de más, llega con precariedad y resuelve con precariedad, lo que permite la eternización de los problemas. La denuncia del padre del

nadaísmo no es menor, ni es una nostalgia de sueños, Desquite resucitará mientras no entreguemos oportunidades y sólo concedamos como opción de justicia la muerte; de ahí, para alimentar el ego poético, la lista interminable de mafiosos, asesinos y destructores que Colombia ha enfrentado, todo por no brindarle una oportunidad digna; aunque el resto de Latinoamérica no es que se encuentre mejor ni liberada de Desquites.

Las crisis de la justicia hay que identificarlas desde niveles muy profundos, pero parte de un divorcio consciente entre Justicia y Ética. Sin discutir los valores de la doctrina Kelseniana del Derecho, que hizo laudables esfuerzos por traducir a procedimientos objetivos el ideal de la imparcialidad, su insistencia en independizar el Derecho de todo sistema moral pudo llevar a los profesionales del mismo a jugar con los expedientes como depositarios exclusivos de “una Verdad Procesal”, aislada de la tragedia social que les contextúa y aislada de su propia implicación ética en los desarrollos y consecuencias de su ejercicio judicial; donde el ejercicio judicial se ampara en la verdad-procesal-sin-implicaciones-éticas. La justicia no puede desentenderse del contexto, no es ético ni siquiera aceptable en términos de utilidad, va siendo tiempo que el continente así lo comprenda.

Abriendo brechas.

Sin ir más lejos, somos unos sujetos asustados y confinados, por eso estamos en mora de implementar unas alternativas que puedan quitarle la venda a la justicia y que el cerco a Latinoamérica en el bicentenario de la independencia pase a convertirse en un mundo de posibilidades, abrir las brechas a modo de ventanas para que la justicia despierte es una misión de la academia, de la ciencia, de la estética y de cualquier política que se crea honesta, es decir con una ética de la acción:

- Respetar la vida en todas sus formas.
- Rechazar la violencia en cualquiera de sus manifestaciones.
- Fomentar las prácticas de solidaridad.
- Desatar un desarrollo social y económico digno.
- Contener el afán de venganza.
- Acudir a una ecología cósmica.
- Apoyar las alternativas políticas que no depriman la condición humana.
- Revitalizar las éticas del conocimiento.
- Fortalecer los sistemas educativos.
- Insistir en la comprensión y en la tolerancia como posibilidades lingüísticas para aprender a estar juntos.
- Abolir las sorderas institucionales.

Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

- Asistir a desempleados y a desplazados.
- Desplegar propuestas efectivas de atención al consumo de estupefacientes.
- Desencadenar programas dignos para reconstrucción familiar.
- Escuchar al opositor sin pensar en silenciarlo o desaparecerlo.

La violencia surge desde muchas fuentes, pero es la justicia debilitada la que permite el nacimiento de un capital social perverso que, sediento de venganza, hace uso de herramientas siniestras para cumplir sus propósitos justicieros. Por ello, es que celebrar una independencia con estos lastres más que reconocimiento a unos supuestos héroes es un retorno al cinismo, es hacer del oro un oropel. Si alguien decide emprender una labor de empoderar a la justicia, a lo mejor, algún día tendremos una Latinoamérica más igualitaria y, por lo tanto, más digna de su pasado, más comprometida con su presente y más convencida de su devenir. ¿Cuándo podremos decir en coro con Borges, “ojalá fuera éste el último día de la espera”?

¿Y dike?

En la mitología griega *dike*, Δίκη, es la personificación de la justicia; ese es el punto, en Latinoamérica no hemos logrado personificar la justicia, no la hemos sentido nuestra, siempre ajena e infiel, cuando no, agresiva y lesiva para los intereses de los ciudadanos. Hemos visto un origen noble de la palabra justicia, pero tal vez, uno plebeyo la acompañe, como lo sugiere el gran escritor portugués (Saramago 2006, 237) “Las palabras tienen su jerarquía, sus títulos de nobleza, sus estigmas plebeyos”. El caso es que para Latinoamérica la justicia ni noble ni plebeya, quizá, agiotista y especuladora o, como la canción, no sólo le bastó con ser ciega sino que, para sus fines, se tornó sorda y muda.

También es cierto que los Estados latinoamericanos deben asignar un presupuesto mayor a los estamentos encargados de administrar justicia, pero a su vez, vencer el sofisma de que en las comunidades pobres es donde ronda la delincuencia porque eso ahuyenta la búsqueda de responsables en otras esferas sociales cual explica Cheves: contra lo que se cree, hay una vocación de decencia en los pobres.

Es inteligente y ético emprender lo siguiente para que los países del río Grande o Bravo hacia abajo consoliden unos umbrales de equidad que liberen odios atávicos para que el próximo ¡bravo! se escuche cuando la justicia, sin máscaras

epocales, haya resuelto sus oscuridades para bien de los latinoamericanos:

- Designar comisiones de la verdad para enjuiciar, así resulte doloroso, a nuestros héroes de la independencia.
- Establecer grupos especializados para investigar todas y cada una de las masacres, no importa el cómo, el cuándo, ni el dónde. Es substancial nombrar a los responsables y darle voz a las víctimas.
- Apoyarse en la tecnología, cuando sea el caso, para que en estudios antropológicos y culturales se aclaren o establezcan evidencias que conduzcan a resolver las dudas.
- Adelantar un juicio histórico a presidentes, ministros, militares y otros funcionarios que han permitido genocidios, masacres o instauración de grupos de limpieza.
- Buscar la verdad de los acontecimientos sin apasionamientos, sin heroísmos, sin odios, sin urgencias vengativas. Se pide un actuar en ataraxia y con transparencia.
- Conformar unos tribunales para, cuando sea el caso, poner en diálogo a víctimas y victimarios.
- Dictar leyes de reparación y perdón. Si los implicados no tienen los recursos suficientes, los Estados deberán asumir los costos de una justicia que en su momento fue mal encauzada.
- Investigar y castigar a los responsables directos e indirectos de los campos de concentración, de las cárceles clandestinas que integrantes de las fuerzas armadas o grupos de inteligencia han tenido para apoyar los fines del Estado: desaparecer a sus críticos u opositores.

En este campo, las policías latinoamericanas tienen un papel importante para encontrar algunas salidas, cual sugiere (Cheves 2008, 127) “La relación con la comunidad es una de las principales funciones que la institución policial llevará a cabo para la prevención del delito y la protección de sus habitantes”. Es claro, que para facilitar cualquier proceso de la justicia es requisito pre-venir para evitar que se sucedan las acciones delincuenciales y para ello las policías deben reconfigurar su papel represivo por uno más dinámico, más cercano a la sociedad; misión que también le incumben a los jueces y fiscales, de lo contrario, los posibles avances serán escasos, por no decir, nulos.

Por así decirlo, la memoria de Latinoamérica es una fábrica de olvidos. Ahora, para que la justicia y su memoria, a veces, experta en maquinando olvidos, no sea inferior a las necesidades de Latinoamérica y algún día se pueda consolidar una independencia, deberá despertarse de su sueño maquiavélico, tocar sus fibras desatinadas, olisquear sus pútridas decisiones, escuchar las quejas e intuir su devenir para así saborear el siguiente tricentenario de la independencia de nuestros países.

Si la justicia está en condiciones de adoptar decisiones ajustará el andar del continente, puesto que si la justicia es potente podrá juzgar a los corruptos, podrá encauzar a las instituciones que se desvíen, logrará, más que imponer, restaurar unas conductas donde cualquier ciudadano se sienta seguro en sus denuncias. En Latinoamérica existe injusticia económica, educativa, de atención de salud, de acceso a la vivienda y a los servicios del Estado porque la justicia, incapaz de hacer cumplir las normas y las leyes, mostró su ineficiencia, se hizo pálida y marmórea.

Se dice que, en ocasiones, es fácil saber lo correcto, lo difícil es llevarlo a cabo, aspiremos a que la justicia latinoamericana si ya sabe que es lo correcto, lo cual es dudable, le queda el papel de llevarlo a cabo. Entonces, para que nuestro pueblo no se sienta humillado e invocando el nombre de América en vano, al menos, precisamos que la justicia se levante de sus cenizas y vea que su postración es la que más contribuye a una Latinoamérica acorralada, esto para saber que si fuimos penetrados por los días infames, nuestras futuras estirpes no deberían escribir el tricentenario de la infamia sino del goce; va siendo elemental apostarle a un giro lingüístico, puesto que no se puede salvar a la humanidad sin conocer a los hombres, sin conocer sus lenguajes, sin conocer sus sueños, sin conocer las sombras que los determinan y la sangre que los amamanta.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

América no invoco tu nombre en vano..., cuando por las
ventanas un nuevo día tuyo me penetra..., vivo en la
sombra que me determina, duermo y despierto en
esencial aurora..., empapado en esperma de tu especie,
amamantado en sangre de tu herencia. **Pablo Neruda.**

Apéndice

Aún no es tiempo de conclusiones, sino de preguntas problematizadoras a los ***Lenguajes de los poderes. Orden y desorden en América Latina***. Entonces, Umbrales de indolencia son unos preámbulos para desnudar aquellas sorderas que han caracterizado a Latinoamérica, no sólo la justicia o la educación son sordas, es probable que existan otras formas institucionales que en este bicentenario de rala independencia hicieron de su espacio una alabanza a la sordera, su mundo se caracterizó y, a lo mejor, aun se caracteriza por llegar tarde a la solución de los problemas.

Sin lugar a dudas, nos educamos entre orden y desorden, entre sonidos y silencios, entre memoria y olvido, entre el olvido y lo que seremos, entre pasado y futuro, así como entre verdad y mentira; es decir habitando los extremos y sin ahondar demasiado en aquello que ni es orden ni desorden, ni sonido ni silencio, ni memoria ni olvido, ni pasado ni futuro y ni verdad y ni mentira. En la educación se transita, es un deber ser, no para usurpar los extremos sino para habitar aquellos espacios que circulan en los opuestos y que a veces no logramos leer con generosidad. Lo que conservan de común la educación y la justicia en Latinoamérica es que ninguna de las dos quiere hacer

mucho; tienen mil pasados aunque bastante desconocidos y poca hambre de futuro.

A corazón abierto y guardando las proporciones, educarse es asomarse al abismo sin camino de regreso, es encontrar unas posibilidades de superación y de crecimiento humanos cuyo lindero es infinito. En sentido negativo, educarse es amaestrarse, someterse, entregarse y dejarse domar, no sólo por el afuera sino por los propios demonios que, pese a la ciencia, aún siguen conviviendo con la humanidad. Latinoamérica debe dar cuenta de la educación de sus ciudadanos, de saber llegar a tiempo, de no ser sorda.

Justificar la ineficacia de la justicia latinoamericana porque Estados Unidos violenta países o porque la Unión Europea se hace la sorda frente a los problemas en África es una postura ineficaz.

En nombre de la seguridad se han cometido vejámenes a lo largo de estos dos siglos de independencia; por ello indaga (Beck, 2006, p. 92) “¿Cuánta seguridad es suficiente seguridad?”. Es como si no hubiese una medida, un indicador que nos establezca el grado certero de lo que percibimos y vivimos como seguridad: los peligros son reconocibles en cualquier momento, al cabo que la seguridad pasa a ser una sensación; como sensación de inseguridad es lo que genera una

justicia corrompida, ciega y sorda. Por lo tanto, Latinoamérica no debería conformarse con saber sobre sus Umbrales de indolencia, le corresponde pensar en los desafíos para superar el vacío de humanidad que deja tras de sí una justicia sorda y una educación ajusticiada e indiferente. Pensar desde lo amorfo y en el monstruo que somos nos podría liberar del afán de ser bellos, buenos, universales o de buscarle la mentira a la verdad, para darle paso a lo informe que hemos sido y que, tal vez, la independencia latinoamericana apenas esté por librarse y por escribirse desde nuestras imprecisiones.

Epílogo

Luis Fernando Valero Iglesias

La lectura de “**Umbrales de indolencia**”, como muy bien señala el autor es un repaso al bicentenario de la independencia latinoamericana, cuya educación sombría y justicia indiferente permitieron gestar una sociedad violenta, pero sumisa; una sociedad desordenada e insolidaria; una sociedad festiva, no obstante corrupta; una sociedad del fútbol, aunque con poca ciencia; una sociedad amable, a veces rabiosa, pero descreída de su futuro.

El Bicentenario es un buen momento para ajustar cuentas con la historia, con los pueblos y que cada uno al leer el libro de Miguel Alberto González González se sienta concernido, tal como señala en la dedicatoria y en los agradecimientos.

Es bueno recordar por lo que implica que: “*los dominios del rey de España en América son de mayor extensión que las vastas regiones que la Gran Bretaña o la Turquía poseen en Asia*”. Este dato señalado a principios del siglo XIX por el sabio alemán Alejandro de Humboldt en su ensayo sobre la

Nueva España se deterioró pavorosamente en las dos décadas siguientes: para 1825 al rey de España no le quedaban por aquellas latitudes americanas mas que un par de islas en el Caribe.

Ese desastre tiene un nombre: Fernando VII de Borbón, rey que la historia de España ya ha juzgado claramente, no es menos cierto, también, que la historia de Iberoamérica en su conjunto, ha adolecido en demasía de una ecuanimidad, desde los propios indígenas, en el sentido mas etimológico del término, a los demás actores, criollos, españoles, extranjeros, todos se han dejado guiar en demasiadas ocasiones por frases hechas sin mayor análisis critico.

El libro de Miguel Alberto es un planteamiento cargado de razones, que quizás a algunos les extrañe y les tense, y no les guste por lo que implica el ver la paja en el ojo ajeno y no la viga del propio.

Que este libro salga a la luz ahora, es adecuado ya que desde el 2004 se comenzó a hablar del Bicentenario de la Independencia de Iberoamérica con la conmemoración de Haití 2004, y durante este 2010 se ha acentuado el discurso por coincidir con otras efemérides que se extienden por el decenio, Venezuela. 19 de abril de 1810-2010, 5 de julio de 1811-2011; Congreso de Angostura, formación de La Gran Colombia (1819-2019), (Carabobo: 1821-2021), (Ayacucho: 1824-2024), la

declaración de la doctrina imperialista de Monroe "América para los americanos"(1823), El Congreso de Panamá (1826-2026) y la derrota parcial del bolivarianismo por el imperialismo norteamericano con la disolución de la Gran Colombia (1830) y la complicidad de las élites criollas.

“Umbral de indolencia” es un acierto de título. El umbral de la casa es el paso primero y principal de entrar en ella y el adjetivo indolente, su etimología es insensibilidad, aquel que no se afecta ni conmueve, pero quizás el autor dado que lo escribe en el área hispanoamericana quiere referir su significado a perezoso, en el sentido, de flojo, que tanto se usa en estas tierras. Por ello señala en su dedicatoria *“A quienes han padecido la indolencia de una educación sombría y de una justicia indiferente”*. En el fondo lo que nos preocupa es: *“la indolencia de la justicia ha facilitado la acción ilegal...”*.

El libro no escatima críticas al igual que García Márquez en su **“El general en su laberinto”** cuando pone en boca de Bolívar aquello de: *“La vaina es que dejamos de ser españoles y luego hemos ido de aquí para allá, en países que cambian tanto de nombres y de gobiernos de un día para otro, que ya no sabemos ni de dónde carajo somos”*.

El libro ayuda a hacer reflexionar como señala el autor que *“Latinoamérica no debería conformarse con saber sobre sus Umbral de indolencia...” y darse cuenta de que ...”*

la independencia latinoamericana apenas esté por librarse y por escribirse desde nuestras imprecisiones”.

Habrá quien crea que el libro es una utopía más que debe unirse a las de San Agustín, Blake, Milton, Moro, Campanella, Huxley, Orwell.

Paul Ricoeur en **“Ideología y utopía”** sostiene claramente que utopía e ideología están relacionadas en su fuero más interno con la imaginación social que se enraíza en la política del día a día.

Para muchos educar en libertad, para la libertad y para la democracia, enseñar a leer y escribir al que no sabe es una utopía en Hispanoamérica que se paga con, el destierro, el exilio, la persecución y la muerte, como les ha ocurrido a tantos educadores iberoamericanos. Por ello este libro es un aldabonazo más a esa utopía que debe dejar de serlo.

Debemos seguir adelante construyendo camino al andar que decía Machado y que ya señaló Bolívar en el Discurso ante el Congreso de Angostura, (1815), *“Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos”* (Escritos políticos. México Porrúa.1999.p.124”).

En demasiadas ocasiones se ha perdido el tiempo copiando, transponiendo esquemas que pueden ser la letra pero que no conlleva el espíritu que la vivifica, **“Umbrales de**

indolencia” tiene ese hábito que enciende el fuego que abrasa y da sentido a la acción.

La historia de Hispanoamérica ha sido un continuo batallar entre la ilusión y el desencanto, entre el sacrificio extremos y la ruindad más absoluta, se ha movido en ocasiones y al mismo tiempo, entre lo militar, el cambio y la rebelión revolucionaria y en ocasiones los líderes generosos se transformaron en dictadores perversos y corruptos, y así una vez y otra (Tulio Halperin: **Revolución y guerra**. Siglo XXI.1972.p.150.ss.)

Hay que darse cuenta de que estamos ya en la sociedad del conocimiento y que Iberoamérica no puede tener más tiempo perdido y como señala el autor que: “En pleno siglo XXI el acceso a la escolaridad básica sigue siendo un privilegio porque hijos de indigentes, prostitutas o negros deambulan por los basureros por las calles de las grandes ciudades, sin que exista una entidad encargada de recogerlos y llevarlos a los centros educativos”.

No se debe permitir más que las palabras de Bolívar en octubre de 1830, sigan siendo una realidad cuando escribe desde Turbaco a Urdaneta: “*La situación de la América es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee en conservar el poder largo tiempo ni siquiera en una ciudad. La posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso*”

como el que ofrece la América, más para el futuro que para el presente" (Carrera Damas. G. **El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela**, Caracas. Grijalbo. 1989.p.631). Reflexionen sobre **"Umbrales de indolencia"** y a caminar.

Luis Fernando Valero Iglesias. Fue Director de Proyección Social de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, UCA. San Salvador. El Salvador, en los años setenta. Colaboró con Monseñor Arnulfo Romero Galdamez dirigiendo una Escuela de Formación Cooperativa; teniendo que salir pro amenazas de El Salvador, retornó a España para ser profesor titular en el Departamento de Pedagogía de la Universidad Pública Rovira i Virgili de Tarragona.

Bibliografía.

- Abad Faciolince, Héctor. (2006). El olvido que seremos. Bogotá: Editorial Planeta.
- Alegría, Ciro. (1964). El mundo es ancho y ajeno. México: Editorial Diana. Original 1941.
- Beck, Ulrich (2006). La sociedad del riesgo global. Madrid: siglo XXI editores.
- Borges, Jorge Luis (1980). Nueva antología personal. Buenos Aires: Ediciones Brujuna.
- Cajiao, Francisco. (2004). La formación de los maestros y su impacto social. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Camargo, Pedro Pablo. (2006). Manual de Derechos Humanos. Bogotá: Editorial Leyer.
- Cardona Gutiérrez, Ramiro. (1998). Las migraciones internas. Estudios de migración en Latinoamérica. Bogotá: Editorial Andes.
- Cassirer, Ernst. (2007). Antropología filosófica. México: Fondo de Cultura Económica. original 1944.
- Castro, Caycedo, Germán. (1986). Colombia amarga. Bogotá: Planeta
- Chávez, María. (2009). Los dictadores en América Latina. Buenos Aires: Monografías
- Coll, César, Martín, Elena, Mauri, Teresa. (2007, 18 edición). El constructivismo en el aula. Barcelona: Editorial Grao.
- Córdoba Zartha, Francisco. (1995). La carta de derechos y la jurisprudencia de la corte interamericana. Bogotá: Editorial Temis.

- Cubero Rosario. (2005). *Perspectivas constructivistas*. Barcelona: Editorial Grao.
- Dussel, Enrique. (1975). *Hacia una pedagogía de la cultura popular*, en *Cultura popular y filosofía de la liberación*. Buenos Aires: Bonum.
- Erasmo de Rotterdam. (1996). *Elogio de la locura*. México: Editorial Porrúa. Original 1509.
- Foucault, Michael. (1970). *La arqueología del saber*. México: siglo XXI editores.
- Foucault, Michael. (1991). *El sujeto y el poder*. Bogotá: Ediciones Carpe Diem.
- Frühling, Hugo y Tulchin Joseph. (2005). *Crimen y violencia en América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, Hans-Georg. (2006). *Verdad y Método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- García Márquez, Gabriel. (1975). *El otoño del patriarca*. Bogotá: Círculo de lectores.
- García Márquez, Gabriel. (1976). *Cien años de soledad*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Gentile, Beatriz (2009). *América Latina. Pensar desde la emergencia*. México: Cerezo Editores.
- González Álvarez, Luís José. (2001). *Ética Latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- González, Fernando. (1995). *Viaje a pie*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Original 1929.
- González, González, Miguel, Alberto. (1998). *Amores prohibidos de Kalkan*. Pereira: Editorial Papiro.
- González, González, Miguel, Alberto. (2005). *Visión de filósofos y literatos sobre el devenir de la universidad*. Manizales-Colombia: Universidad de Manizales.
- González, González, Miguel, Alberto. (2009). *Horizontes humanos: límites y paisajes*. Manizales: Universidad de Manizales
- Grimberg, Miguel. (2000). *Edgar Morín y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Pensamientocomplejo.com.ar.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

- Guarín Jurado, Germán (2004). Razones para la racionalidad en horizonte de complejidad. Manizales: Universidad de Manizales.
- Gutiérrez G, Martha Cecilia y Buitrago, Orfa. (2009). La formación docente en las prácticas educativas. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Gutiérrez Ruiz, Elio; Hoyos, Guillermo y Serna Arango, Julián. (2007). Borradores para una filosofía de la educación. Bogotá: Siglo del hombre editores, Rudecolombia.
- Hemingway, Ernest. (1999). Por quién doblan las campanas. México: Editorial Época.
- Hernández C, Germán. (1986). La justicia en llamas. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Herrera, Martha Cecilia y Díaz, Carlos Jilmar. (2001). Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria. Bogotá: Plaza y Janés.
- Kertész, Imre. (2002). Yo, otro. Barcelona: Acantilado
- La Biblia. (1990). Bogotá: Círculo de lectores
- Londoño Jiménez, Hernando. (1998). Derechos Humanos y la Justicia Penal. Bogotá: Editorial Temis.
- Londoño, Juan Luis y otros. (2000). Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Lyotard, Jean Francois. (1988). Charlas sobre el tiempo. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Marquínez Argote, Germán. (1998). Metafísica desde Latinoamérica. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Mateus Guerrero, Sandra. (1995). Limpieza social. Bogotá: Planeta colombiana editorial.
- Melich, Joan Carles. (2001). La ausencia de testimonio. Ética y pedagogía en los relatos del holocausto. Barcelona: Anthropos.
- Mockus, Antanas. (1998). Recontextualización y pertinencia del conocimiento. Bogotá: Misión Rural.

- Molina Flores, Alberto, Coronel en retiro.(2008). Derechos Humanos en América Latina y el Caribe, Ecuador y sus fuerzas armadas: una experiencia inédita. Quito: Ecuador
- Monroy Cabra, Marco Gerardo. (2006). Introducción al derecho. Bogotá: Editorial Temis.
- Muguerza, Javier y otros. (1989). El fundamento de los Derechos Humanos. Madrid: Editorial Debate.
- Oakley, Peter y Salazar, María. (1993). Niños y violencia. El caso de América Latina. Bogotá: TM Editores.
- Pross, Harry. (1989). La violencia de los símbolos sociales. Barcelona: Anthropos.
- Quiroga Lavié, Humberto. (1995). Los Derechos Humanos y su defensa ante la justicia. Bogotá: Editorial Temis.
- Restrepo, Jorge. (2006). Educar en el atraso social. Bogotá: Editorial Planeta.
- Sabato, Ernesto. (2006). Antes del fin. Buenos Aires: Seix Barral.
- Sánchez Fajardo Silvio (2004). Diálogos imperfectos. Pasto, Nariño, Colombia: Ediciones universidad de Nariño.
- Sánchez Torres, Carlos Ariel. (1995). Mecanismos de protección de los derechos fundamentales. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Sanz Adrados, Juan José. (1996). Educación y liberación en América Latina. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Saramago, José. (2006). Las intermitencias de la muerte. Madrid: Punto de lectura.
- Savater, Fernando y Vattimo, Gianni (2002). Mitos y fantasías de fin de siglo. El pensamiento débil. Ritual de la inteligencia compartida. Manizales: Universidad de Caldas.
- Serna Arango, Julián. (2009). Finitud y tiempo. La rebelión de los conceptos. Bogotá: siglo del hombre editores.

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

- Serna Arango, Julián. (2009). Somos tiempo. Crítica a la simplificación del tiempo en occidente. Barcelona: Anthropos.
- Soto Aparicio, Fernando. (1987). La rebelión de las ratas. Medellín: Editorial Bedout.
- Soto Arango, Diana; Lucena Salmoral, Manuel y Rincón, Carlos. (2007). Estudios sobre la universidad Latinoamericana. De la colonia al siglo XXI. Bogotá: RUDECOLOMBIA.
- Unamuno, Miguel de. (1985). Del sentimiento Trágico de la vida. Bogotá: Planeta Agostini. Original 1913.
- Uruña Cervera, Jaime. (2004). Bolívar republicano. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Villa William y Houghton Juna. (2005). Violencia política contra los pueblos indígenas en Colombia. Bogotá: Alto Vuelo Comunicaciones.
- Wallerstein, Immanuel. (2007). Impensar las ciencias sociales. México: Siglo XXI Editores. Original 1991.
- Wallerstein, Immanuel. (2005). Análisis de sistemas-mundo. México: Siglo XXI Editores.
- World Economic Forum. (2010). Cartagena Colombia.
- Zemelman, Hugo (2002). Necesidad de conciencia. México: Editorial Antropos.
- Zemelman, Hugo. (2009). Reflexiones en torno a la relación entre epistemología y método. México: Cerezo Ediciones.

Cibergrafía

- <http://www.unesco.org/new/es/unesco/>
- <http://elpolvorin.over-blog.es/article-colombia-presupuestos-2010-miseria-y-guerra-contra-el-pueblo-42895402.html>

Umbral de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente.

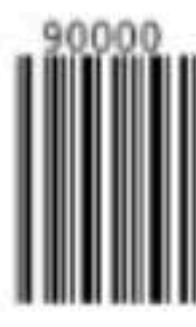
- <http://alfa.minedu.gob.pe/portal/media/2006/estadisticas/Estadistica%20America%20y%20Caribe.htm>
- http://www.ocyt.org.co/prg_fre.php?id=2
- <http://www.weforum.org/en/events/WorldEconomicForumonLatinAmerica2010/>
- www.gonzalobarango.com/ideas/desquite.html
- www.desaparecidos.org/arg/ Página desaparecidos en Argentina. 21/12/2009.
- www.desaparecidos.org/chile/ Página desaparecidos en Chile. 23/12/2009.
- www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=132377 06/01/2010.
- www.un.org/es/ Organización de las Naciones Unidas.
- www.oas.org/es/ Organización de los Estados Americanos.
- www.corteidh.or.cr/ Corte Interamericana de Derechos Humanos.
- www.amnesty.org/es/ Amnistía Internacional.
- www.monografias.com/
- www.bicentenarioindependencia.gov.co/ Página Bicentenario de Colombia.
- www.lablaa.org/blaavirtual/historia/bicentenario/ Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.
- www.chilebicentenario.cl/ Página Bicentenario de Chile.
- www.bicentenario.gov.ar/ Página Bicentenario de Argentina.
- www.ecuadorbicentenario.gov.ec/ Página Bicentenario Ecuador.
- www.bicentenario.bo/ Página Bicentenario de Bolivia.
- www.bicentenario.gob.ve/ Página Bicentenario de Venezuela.
- www.massviolence.org/ Enciclopedia de Violencia Masiva
- [http://es.wikipedia.org/wiki/Lista_de_masacres_en_la_Argentina_\(Siglo_XX\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Lista_de_masacres_en_la_Argentina_(Siglo_XX)), 0/12/2009.
- <http://bicentenario.gob.mx/> Página Bicentenario de México.



Miguel Alberto González González. Filósofo y literato Colombiano. Docente e investigador universitario en ciencias sociales y de la educación. Los lenguajes de los poderes inauguran su ensayística. Su literatura se despliega en la cotidianidad en un encuentro dinámico con intereses filosóficos, por el lugar de la pregunta con bastante ironía. En su actividad estética de pintor, ha desarrollado el concepto del tiempo en sus versiones de cronos, aión y keirós en sus óleos sobre lienzo.

Umbrales de indolcencia. Educación sombría y justicia indiferente es un libro con un planteamiento cargado de razones, que quizás a algunos les extrañe y les tense, y no les guste por lo que implica el ver la paja en el ojo ajeno y no la viga del propio. Habrá quien crea que el libro es una utopía más que debe unirse a las de San Agustín, Blake, Milton, Moro, Campanella, Huxley, Orwell". Luis Fernando Valero Iglesias, Tarragona-España.

ISBN 9781717803627



9 781717 803627